PERSIO

SATURAE

SÁTIRAS

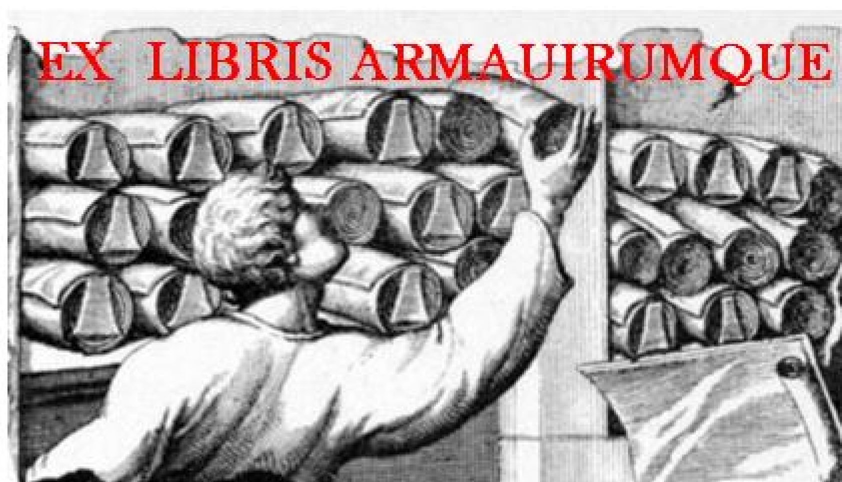


INTRODUCCIONES PARTICULARES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MANUEL BALASCH

La traducción de este volumen ha sido revisada por OLGA ÁLVAREZ HUERTA

[La edición latina usada para esta versión bilingüe se ha tomado de: www.thelatinlibrary.com]

En ocasiones, si se confronta la lectura de la traducción usada en la edición de Gredos y el texto latino aquí usado, se percibirán diferencias de numeración de versos, así como otras divergencias textuales.



* Este texto no se incluye en la edición de Gredos, pero se incluye aquí por su importancia para el conocimiento de las Fuentes del poeta [Nota del escaneador]

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *La vida*

Si la edad imperial nos ofrece en Roma la más variada producción satírica, desde la sutileza refinada y fría de Petronio o la diatriba violenta y amarga de Juvenal a la mordacidad ampliamente humana de Marcial, no la deja de animar también la sátira estoica, marcadamente formalista, de Persio. Nació Aulo Persio Flaco, caballero romano, el 4 de diciembre del año 34 de la era cristiana en *Volaterra* (Volterra), antigua ciudad etrusca. Los datos más extensos y verídicos sobre su vida nos han sido transmitidos por la *Vita* del poeta, debida al famoso gramático M. Valerio Probo[1], que vivió en la época de los Flavios; esta biografía que encabezaba, al parecer, una edición comentada de las *Sátiras* de Persio, pertenece a aquella serie de esbozos biográficos con que el gramático ilustraba sus recensiones y comentarios de poetas como Terencio, Lucrecio, Virgilio y Horacio, y recuerda, por su disposición y analogías, las biografías de poetas que nos quedan del *De viris illustribus* de Suetonio.

Hijo de una acomodada familia ecuestre, Persio perdió, cuando apenas contaba seis años de edad, a su padre; confiado a los cuidados y a la enseñanza de su madre, Fulvia Sisena, y de su tía —damas de una sociedad impregnada del *mos maiorum*—, tuvo, en medio de un discreto lujo, una educación excelente, sin duda de carácter estoico. Su madre se unió en segundas nupcias con Fusio, un caballero romano tal vez oriundo de *Luna* (Luni); gracias a esta unión, el muchacho tuvo la oportunidad de pasar temporadas, incluso unos años más tarde, en la costa lígur. Hasta sus doce años, es decir, hasta el 46, Persio permaneció en Volterra; parece que más tarde su madre, que de nuevo había enviudado, se lo llevó consigo a Roma.

En la capital continuó Persio los estudios iniciados en su ciudad natal. Allí frecuentó las escuelas de dos célebres maestros, el gramático Q. Remio Palemón, profesor asimismo de Quintiliano, y el rétor Verginio Flavo. A sus dieciséis años, la edad de vestir la toga viril, tuvo la fortuna de trabar amistad, que nunca abandonaría, con el que iba a ser el verdadero director espiritual de su conciencia hasta la muerte, Aneo Cornuto, un africano de Leptis Magna, el cual, establecido en Roma bajo Claudio, fue uno de los representantes más conspicuos del estoicismo y permaneció en Roma, rodeado del afecto general, incluso durante los catorce años del reinado de Nerón, hasta que este Emperador lo desterró en el 68[2]. En su *Sátira* V, Persio nos ha dejado una impresionante prueba de esta predilección recíproca y nunca menguada.

Gracias a Cornuto, Persio se relacionó con eminentes miembros de aquella peña de estoicos que, bajo el despotismo de Nerón, conservaban viva en la soledad la llama de la doctrina de Crisipo y Cleantes. En la misma escuela de Cornuto tuvo como condiscípulo a Lucano, cinco años más joven que Persio, y tan ferviente admirador de los escritos de éste, que, al escucharlos, proclamaba que esto era poesía auténtica, y su producción simples fruslerías. La *Vita* nos transmite los nombres de otros compañeros de la primera adolescencia de Persio que

[1] Puede verse el texto de esta *Vita* en las ediciones de Persio, más adelante citadas, de Jahn, Cartault, Ramorino, Owen, Villeneuve o Clausen.

[2] Sobre Cornuto, véase R. REPPE, *De L. Annaeo Cornuto,* Leipzig, Teubner, 1906, y V. PALLADINI, «maestro di Persio», *Scritti per XIX Centen. di Persio,* Lucca, Artigianelli, 1936.

conocemos vagamente o sólo por la mención del biógrafo: Claudio Agaturno, Petronio Aristócrates, Cesio Baso —destinatario de la *Sátira* VI—, Calpurnio Estatura, Servilio Noniano, Plocio Macrino —al que va dedicada la *Sátira* II—. Más tarde, conoció a Séneca, pero «sin sentirse atraído por su talento». La observación del biógrafo es significativa: Persio adolescente, de carácter riguroso, de una pieza, difícilmente podía congeniar con el talento brillante, pero frondoso y desmedido, y con el espíritu, sólo superficialmente estoico, del maestro de Córdoba. Persio debía de considerar a Séneca como un «aficionado» de la poesía[3]. Durante diez años, en cambio, gozó del tierno afecto del filósofo estoico P. Clodio Trásea Peto —cuya esposa, Arria la menor, era parienta de nuestro poeta—, con quien hizo un viaje que le había de procurar, con su intimidad, una dedicación más rendida todavía a los principios del Pórtico [4].

Breve, como la de Tibulo o la de Catulo, fue la existencia de Persio. En una hacienda que poseía cerca de la Vía Apia, a ocho millas de Roma, murió el 24 de noviembre del 62, víctima de una dolencia de estómago. No había cumplido los veintiocho años de edad. Probablemente era de complexión débil desde su mismo nacimiento; de aquí la necesidad que sentía en los últimos años de su vida del benigno clima invernal de Luni, donde poseía una mansión. Su vida había transcurrido tranquila, sin sobresaltos, entre la familia, los amigos y los correligionarios, sin conocer ni querer otra cosa fuera de este círculo selecto de damas y patricios virtuosos, de poetas delicados y escritores, de filósofos, pensadores y héroes; de costumbres morigeradas, de pudor virginal, de comportamiento sociable, el poeta se había mantenido sobrio y modesto, ejemplarmente afectuoso con su madre, su hermana, su tía paterna. Los arranques de irascibilidad, enojo o descontento que aparecen en su obra, si no se justifican como nacidos exclusivamente de los efectos que produjo en su alma la filosofía estoica, serían un reflejo de su constitución orgánica, de su salud delicada. Al morir, legó a la madre y a la hermana su patrimonio, cerca de dos millones de sestercios[5]; a Cornuto, por medio de un codicilo escrito a su madre, cien mil sestercios, o veinte libras de plata labrada, y toda su biblioteca, integrada esencialmente por los setecientos libros de Crisipo. Cornuto aceptó la herencia de estas obras, pero renunció a la manda pecuniaria.

2. *La obra*

Persio escribió poco, lentamente y con esfuerzo. Casi en su infancia, según el biógrafo, había escrito una *praetexta,* un libro de aventuras o viajes —tal vez alusivo al que efectuó con su pariente Trásea Peto— y unos versos en honor de Arria la mayor, la heroica mujer de Cecina Peto, la del inmortal apóstrofe: *Paete, non dolet*[6]. Sin embargo, muerto el poeta, Cornuto, en un ademán de verdadera amistad, persuadió a la madre de Persio a destruir estos escritos, por no considerarlos dignos de ser publicados.

Nos ha llegado sólo el libro de sus *Sátiras,* que Persio dejó inacabado. Probablemente la muerte le sorprendió en la mitad de su tarea, y no pudo limar sus escritos. Podríamos incluso

[3] Como lo conceptuaba QUINTILIANO, X 1,129.
[4] Véase C. MARTHA, *Les moralistes sous l'empire Romain,* París, 1865, 116-119.
[5] Unos 120 millones de pesetas actuales (1990).
[6] Sobre el famoso episodio, cf. PLINIO, *Ep.* III 16, 6; TÁCITO, An. XVI 34, 2, y MARCIAL, I 14, 1.

sospechar que el poeta no destinaba sus versos al público, sino a la simple lectura privada ante su auditorio de correligionarios: él mismo se enorgullece de no abrigar la menor ambición literaria y de renunciar a los aplausos de los oyentes, aunque acepta sus halagos porque no tiene un corazón de piedra. Así, parece seguro que, en el haz de sus seis sátiras, la primera y la sexta fueron compuestas precisamente como primera y última de la serie. En cambio, el orden cronológico de las otras piezas es del todo inseguro, ya que se trata de una especie de ejercicios escolares, de pruebas experimentales, procedentes de circunstancias ocasionales, y no de la vida o de sucesos auténticos. Cornuto se dedicó a su revisión o *emendatio,* y, después de haber suprimido algunos versos en la última sátira, a fin de darle la apariencia de obra concluida, cedió el manuscrito a Cesio Baso, que reclamaba insistentemente el honor de ser el editor de Persio.

¿Cuándo salió a la luz pública la primera edición de las *Sátiras,* facilitada por la ayuda de estos dos amigos incondicionales? Probablemente poco después del fallecimiento del poeta, tal vez alrededor del año 63, ciertamente antes de la muerte de Lucano y Petronio, en vida de Nerón, es decir, antes del 68. La admiración y la impaciente curiosidad que suscitó el libro, apenas publicado, entre los hombres de letras y el gran público, debió de obedecer a diversas razones, entre las que no sería aventurado contar la misma simpatía suscitada por la malograda y virtuosa figura del poeta, la extraña novedad del estilo, la misma oscuridad —de que hablaremos— y particularmente el carácter circunstancial de la obra. La *Sátira* I, inspirada en el libro X de Lucilio, y escrita con vehemencia, era una invectiva contra la retórica ampulosa, contra la manía de hacer versos, tan generalizada, y de hacerlos conocer en recitaciones públicas; en el fondo, es una sátira personal contra Nerón, la encarnación más visible de aquel estado casi patológico de la cultura romana de la época. Otro detalle contribuye a abonar este punto de vista. El biógrafo confirma el conocido episodio, según el cual el verso 121 de dicha sátira decía: *auriculas asini Mida rex habet,* y que Cornuto, temiendo que el Emperador interpretara la frase como una alusión directa, generalizó su sentido dándole la forma que registran todos los códices: *auriculas asini quis non habet?* Con todo, la precaución de Cornuto de poco iba a servirle: a pesar del matiz proverbial que había adquirido la expresión persiana, todo el mundo vislumbraba el retrato de Nerón a lo largo de la sátira. Al cabo de pocos años, en el 65, Cornuto era desterrado, precisamente por Nerón, juntamente con su colega, el estoico Musonio Rufo. Sería, sin embargo, contraproducente el afán de entresacar muchas posibles alusiones a Nerón en Persio; sin haber dejado de metérselo entre cejas en ciertas ocasiones, el poeta vivía demasiado al margen del monstruo y del tumulto de la vida para tenerlos siempre presentes.

Estas seis sátiras —que suman un total de 650 hexámetros— es cuanto nos queda de Persio; sólo esta cuerda satírica vibra en su inspiración, pero ella sola fue suficiente para ganarse la atención de sus contemporáneos y de la posteridad. Encontramos, sin embargo, en los manuscritos, al comienzo o al final, una serie de catorce versos —trímetros escazontes—, que normalmente han sido considerados como prólogo o como epílogo de las *Sátiras.* Trátase de un centón de reminiscencias eruditas, como parece sugerir de entrada el mismo uso del escazonte, propio de los filósofos cínicos y satirizantes; por su sentido se relacionan con el principio de la *Sátira* I; no por otra causa se ha sospechado a veces que Persio comenzó su obra sirviéndose de dicho metro y que luego cambió *de idea, tal vez para adaptarse con* mayor *rigor a los modelos clásicos de la* sátira, *Lucilio y Horacio. No es fácil que* nos encontremos ante una contaminación de

dos epigramas. En resumen, no es un prólogo ni un epílogo, sino simplemente un fragmento o un ejercicio juvenil, que no añade ningún mérito a la gloria del poeta.

3. *Ética y arte*

¿Qué razón impulsó a Persio a dedicarse a la sátira? Su biógrafo lo manifiesta de forma explícita: apenas dejados los maestros, habiendo leído el libro X de Lucilio, se animó fervorosamente a seguir el ejemplo del magnífico modelo: con un verso luciliano abría, precisamente, su *Sátira* I. No es improbable, por otro lado, que orientara al poeta hacia el campo de la sátira el magisterio de Cornuto —cuyas enseñanzas nunca serían olvidadas por el poeta—: la influencia del admirado maestro se refleja no sólo en la *Sátira* V que le dedicó, sino en todo el librito, ya que su contenido se inspira profundamente en la doctrina del Pórtico, a excepción de la *Sátira* I, de carácter literario, escrita contra un público corrompido en el gusto y el espíritu, incapaz de apreciar la esencia del arte y la sabiduría. El análisis de ciertas apreciaciones literarias expuestas principalmente en esta pieza, así como sus mismos procedimientos de composición, denuncian que era enemigo de las exageradas influencias griegas, particularmente del alejandrinismo; de donde, su admiración por el arcaísmo viril de los antiguos poetas latinos.

Absolutamente estoicos, en efecto, son los pensamientos sobre la disposición espiritual con que hay que dirigirse a la divinidad (*Sátira* II), la teoría de las pasiones, consideradas como enfermedades del alma (III), la doctrina sobre el perfeccionamiento personal, que se obtiene bajando a menudo a nuestro interior y no censurando al prójimo (IV), la esencia de la libertad, derivada del dominio sobre las propias pasiones (V), y, en fin, el argumento acerca del recto uso de las propias rentas sin despilfarro y sin tacañería (VI). En consecuencia, la obra de Persio es básicamente filosófica y didáctica y, en cierta manera, convencional, casi desentendida de la auténtica vida vivida, de los vicios dominantes en la Roma neroniana. Por otro lado, no debemos olvidar que toda la verdadera filosofía bajo el Imperio, representada principalmente por Lucano, Persio y Séneca, deriva del estoicismo, y que, en Roma, fue también la filosofía estoica una de las armas ocultas más poderosas de la oposición a los césares, una de las formas más sutiles del republicanismo ideológico.

No deja de ser impresionante esta posición del ingenuo adolescente volterrano, discreto y enfermizo, pero moralmente encadenado a los principios de una escuela severísima, que sólo disponía de la «pluma» para desatar su ímpetu agresivo y señalar el camino de la virtud, sin conocer por experiencia a los hombres y las miserias de su época. Conoce la maldad, no por su propia experiencia, sino por sus lecturas. Sólo la indudable sinceridad de su palabra justifica tal actitud. Todo es en él intransigencia y desabrimiento; vocablos como *radere* y *mordax* son frecuentes en sus versos. Como ocurre con los enfermos, a quienes la dolencia física deforma la visión clara de la realidad de la vida, Persio lo ve todo empañado u obscuro y refunfuña contra todo y contra todos. ¿Podríamos ver aquí un rasgo de su Etruria natal, poco propicia al alborozo? De todas formas, el contraste parece sólo aparente: la sátira a menudo se compagina a la perfección con la moral, la filosofía y la religión; no en vano se ha comparado la doctrina estoica con la predicación cristiana. Persio quiere hombres perfectos, elevándolos por encima de vanidades y desdichas; ataca a los cobardes, los politicastros, los haraganes, los viciosos,

tanto si son centuriones, patricios, el mismo Emperador, como si son viles plebeyos, proponiéndoles el espejo de la verdadera libertad humana, de las limitaciones de la vida, de la abnegación. Sustancialmente su doctrina coincide con la intención moralizadora que entrevemos todavía en los fragmentos salvados del naufragio de la obra de Lucilio, y no difiere del pensamiento expresado en los *Sermones* de Horacio, su otro gran modelo, al cual deliberadamente imita y a veces refunde. Pero, ¡qué desigualdad entre la sabiduría aprendida en los libros y el furor del viejo poeta de Sesa Aurunca disparado en la Roma republicana, o el escéptico y sonriente humorismo del epicúreo venusino, libre de vínculos de escuela y primoroso explorador de los defectos humanos!

Es cierto que entre Horacio y Persio existen diferencias, no sólo de temperamento y escuela, sino también por las condiciones de las respectivas circunstancias históricas. Horacio, que asiste a la restauración de Roma bajo Augusto, puede confiar todavía en un mejoramiento social; Persio, que vive bajo Nerón, amargado sin duda por las torpezas y los delitos del monstruo laureado, se encierra voluntariamente en su torre de marfil o lo ataca a hurtadillas, lejos de toda sospecha, cuando, poco después, Juvenal fustigará enfáticamente los escándalos de la Urbe y Marcial escribirá el mayor epigramatario objetivo de todos los tiempos. Nuestro satírico, hurtado a la realidad, no se mueve de sus dominios ideales y teóricos, de su intención totalizadora. Un aspecto de esta indeterminación podemos comprobarlo en la misma lista de nombres propios mencionados en las *Sátiras:* raramente acude Persio a personajes reales designándolos individualmente; la misma pauta seguirá en sus ataques el epigramista bilbilitano. Sólo los nombres de los destinatarios de las *Sátiras* son evidentemente de personajes reales; todos, o casi todos, los restantes son ficticios y usados con la finalidad exclusiva de dar una fisonomía viva a las ejemplificaciones y a las categorías sociales —el rufián Estayo, el arúspice Ergena o el arriero Dama—; los mismos nombres históricos —Craso, Bruto, Mercurio, Batilo— pertenecen al pasado y tienen igualmente valor prototípico. La única excepción es Cota Mesalino, mencionado específicamente como muestra de la corrupción a que lo habían reducido los vicios. Todo ello se explica si se tiene en cuenta que la sátira persiana no rezuma una sola gota de veneno: agitada en el campo de las ideas, es sosegada con las personas. Como

Horacio, no se dobla Persio a la invectiva personal. El *aequus animus* de Horacio y la *virtus* de Persio convergen en la idea de una rectitud moral, de una dignidad rigurosamente humana.

No conviene, por tanto, extremar las conclusiones. El contenido de la sátira de Persio no es un producto exclusivamente formalista o reflejo: no ve siempre los vicios y los defectos a través del cristal de sus propias lecturas y de las máximas filosóficas, sino, más bien, situándolos en la esfera donde acaban por encontrarse siempre aquellos que, menospreciando las normas éticas más comunes, dan libre curso a sus pasiones. La época de Persio revive en las *Sátiras,* representada en el mal gusto de los hombres de letras, en la sordidez del pueblo bajo, en el orgullo de los nobles y en el despotismo del Emperador, expresada con la más íntima convicción filosófica. No son raras en su obra las hermosas sentencias y los análisis agudos del alma. Se ha estudiado minuciosamente su carácter estoico, casi pretendiendo que Persio aspiró a hacer servir la sátira como simple vehículo de las ideas del Pórtico; pero no raramente se levanta por encima de las doctrinas filosóficas, hasta lograr que sus tendencias no sean solamente las de un teórico o un doctrinario. El poeta no pierde de vista, de raíz, la

vida: es significativo, en efecto, que no vague alrededor de principios especulativos, sino de principios que sirvan de norma a la vida interior, que dirijan y gobiernen, en suma, la conducta humana y civil del *civis,* hombre libre y miembro de una sociedad. Sería, por tanto, incongruente negar toda intención política a sus sátiras.

Se podría, en todo caso, sospechar que Persio, tan inmaturo para el arte como para la vida, es un satírico *malgré lui.* En el período formativo de toda vida de artista no encontró su camino, no supo sistematizar su ideal literario como resultado de unas vivencias y una lucha artística. Lo pone de manifiesto un examen de la forma literaria, de la lengua y del estilo de las *Sátiras.* No sólo por el contenido de los argumentos, sino también por la forma y su desarrollo, la sátira de Persio se conecta con la de sus predecesores Lucilio y Horacio. Como ellos, usa en las seis piezas el hexámetro dactílico, que Lucilio había fijado de forma decisiva en el libro V de su primera serie, después de las inseguras variedades métricas de los primeros libros. Las sátiras de Persio son asimismo *sermones* de tono familiar, esmaltadas de descripciones, anécdotas históricas, recuerdos mitológicos, reflexiones y máximas: a veces, en forma de epístola dirigida a un conocido; otras, a manera de diálogo con el lector o con un interlocutor imaginario. La imitación persiana, de vez en cuando literal, de Lucilio y Horacio, es un hecho incuestionable; por lo que afecta a Lucilio, ante la pobreza material de lo que nos queda del gran satírico, el parangón con Persio resultará siempre insuficiente y provisional; en cambio, no resistirá Persio la comparación con Horacio, del que se sitúa muy por debajo en la agilidad transparente y en la desenvoltura elegante, características del arte horaciano.

La obra de Persio es muy a menudo un mosaico de reminiscencias de Horacio, desde el motivo entero de una sátira o la representación de toda una escena hasta meros conceptos, ecos o frases dichas con idénticos vocablos; esta imitación ha sido estudiada una y otra vez en diversas épocas. Ya I. Casaubon, en el siglo XVII, consagró una famosa disertación al tema, en la que sistematizaba todas las derivaciones horacianas en Persio[7]; la discusión ha sido reanudada y completada a menudo, no sin cierta petulancia. Con todo, pese a las innumerables reminiscencias horacianas, clasificadas por la más exigente avaricia crítica, nunca la sátira de Persio podrá ser considerada como un retoño del *animus* horaciano. Horacio y Persio forman dos centros espirituales independientes, sin puntos de contacto, sin ninguna vibración común, aunque se trate de dos satíricos, con analogías y calcos. Persio no puede ser explicado por Horacio. La imitación persiana de Horacio es un hecho puramente incidental. No debe olvidarse, a propósito de estas reflexiones, el curioso concepto que tuvieron en general de la imitación los antiguos, que se deleitaban, al leer a un autor, en percibir recuerdos y ecos, personalmente modificados, de otro escritor. Por otro lado, existía realmente una tradición de pensamientos, metáforas, fórmulas y tipismos continuada entre los satíricos romanos: la originalidad y la variedad del arte consistían en presentar bajo nueva luz el viejo y obligado recuerdo. Persio ha evitado esta frialdad de recetario mediante una sucesión de imágenes fuertes, enérgicas y renovadas: en él la imitación se convierte paradójicamente en parte esencial de la espontaneidad del discurso, en elemento vital, en jugo y sangre de su arte; su imitación, en suma, es un procedimiento meramente literario, un barniz del alma, una sensación del espíritu que late por toda la materia viva. De aquí que, para entender su arte, hay que penetrarlo una y otra vez, quebrantando esta costra de erudición, prejuicios y

---

[7] I. CASAUBON, *Persiana Horati imitatio,* ensayo publicado como apéndice a su edición de las *Sátiras,* París, 1605, 525-558.

confusiones tradicionales.

Mediante esta operación de análisis íntimo, llegaría a parecernos un pretexto —en el sentido etimológico del vocablo— el mismo factor satírico del poeta: ¿qué quedaría, entonces de Persio? Un paisaje fragmentario, sin duda, pero positivo, genuino, perdurable. Lo que se nos presenta, a través de los detalles y las rendijas de su obra, es un pequeño mundo vigoroso, un arte auténticamente realista, una revelación lírica embrionaria. He aquí el principal valor artístico de las *Sátiras*. Los croquis que Persio incrusta aquí y allá en sus composiciones, pintando al vivo escenas y caracteres humanos, quedan grabados para siempre en la fantasía. Obsérvese, por ejemplo, el efecto pintoresco del poeta en boga que se dispone a recitar sus versos en un *auditorium,* impecablemente acicalado, luciendo la gran sortija que le regalaron en su aniversario, y sube a la *cathedra,* después de haberse enjuagado la garganta con gargarismos, y empieza a vocalizar con voz tierna y mirada lánguida sus poemas (I 15-19); o el brutal realismo del libertino que, después de hundir el vientre blancuzco en el baño, se sienta a la mesa y, presa de temblor agónico, deja caer de las manos, rechinándole los dientes, la copa espumosa y las viandas grasientas de la boca entreabierta (III 98-102); o la caricatura medio goyesca de la abuela o la tía que coge al bebé de la cuna y, tras humedecerle con saliva la frente y los labios a fin de librarle del aojamiento, lo hace saltar en sus brazos y pide a los dioses que le concedan éxitos y fortuna, de forma que el rey y la reina lo deseen por yerno, se lo disputen las muchachas y nazcan rosas donde él ponga los pies (II 31-38). ¡Cómo se desahoga su pecho agradecido, en una corriente de emoción, ante la paterna afectuosidad de Cornuto! (V 26-29, 41-51). En otras ocasiones, la reproducción de las actividades humanas es una simple silueta o un esbozo improvisado: tal es la descripción de los juegos infantiles (III 48-51), el gracioso aguafuerte de la manumisión del muletero Dama (V 75-79), el diálogo de la emulación entre la avaricia y la pereza (V 132-139) o el reposo otoñal en la costa lígur (VI 6-8). Estos fragmentos revelan por sí solos unas dotes de auténtico artista, son voces aisladas de un lirismo espontáneo y seguro.

Si incluso en estos casos Persio pagó tributo a una moda, el recurso no escamotea ninguna partícula a la sinceridad artística. Ya J. Lido, el erudito bizantino del siglo VI, afirmaba[8] que Persio había querido imitar los mimos de Sofrón, consistentes en cuadros de género o en breves apuntes populares, muy admirados en la Antigüedad y leídos preferentemente por el mismo Platón. Y, en efecto, no pocas expresiones familiares, crudas y a veces obscuras, de las sátiras de Persio aluden a los ademanes y procedimientos de los mimógrafos, como al describir las muecas que se hacen a espaldas de la gente (I 59 y ss.), o las risotadas de la juventud que se mofa de los estoicos, juzgándolos locos o quijotes de la filosofía (V 86-87), o la actitud de la soldadesca que no daría un as por un sabio (V 189-191).

Persio no ríe como Marcial ni retumba como Juvenal; cuando intenta reírse, la risa se le quiebra de pena o se le muere degollada por la sentencia filosófica. Esquiva todos los excesos, todas las estridencias; hay en él un fondo de inapetencia, de resignación apagada, de indecisión de la voluntad: sólo de esta forma aparenta cierta semejanza con Horacio. De aquí que no fuera reformador ni innovador ni opositor. Si pretende colocarse enfrente de su época, no sabe desprenderse de sus vicios: al satirizar los versos de moda, vacíos de contenido, cubiertos de vana frondosidad y de mitología patética, lo hace por medio de versos elegantes y redondeados que habrían levantado una tempestad de aclamaciones en una *recitatio* y que con-

[8] Cf. Lido, *De magistr.* , I 41

tribuyeron sin duda al éxito inmediato de sus *Sátiras*. Pero es un secreto y un privilegio de artista fustigar las modas sin renunciar a ser portavoz de sus consecuencias. Por otro lado, la moda es una ley del tiempo, de la que no consigue librarse ni el escritor más rígido y más independiente. Desde este punto de vista, Persio tiene en Séneca, a quien conoció, pero sin dejarse seducir por su talento, un espíritu fraterno. Si Persio, en lugar de ser un joven *morum lenissimorum, verecundiae virginales,* como dice su biógrafo, hubiera sido un carácter virulento, tal vez hubiera renovado la sátira o la lírica latina. No se le puede regatear el temperamento poético ni las dotes de un buen versificador; es cierto que a veces construye el hexámetro con dificultad y técnica imperfecta, pero no debe olvidarse que el hexámetro satírico gozaba de libertades especiales; en no pocos de sus versos, el acento rítmico del dáctilo del quinto pie no coincide con el acento tónico de la palabra en que cae, ocasionando así finales inarmónicos, como sucede igualmente en Horacio.

Quizá su juventud o su época frustraron la realización que hace vislumbrar su obra: la de un lírico, si hubiera vivido bajo un libre régimen republicano, y no en un período de vida frenética y hedonística, y, más concretamente, la de un poeta pindárico, como ponen de manifiesto, si no sus vuelos de inspiración, sí su organización de saltos, inconexiones y premuras. Pero sobre su ánimo, esencialmente lírico y sentimental, acabaron por actuar la influencia de la sátira de Lucilio y el estoicismo de Cornuto. El poeta creyó que la sátira, tal como la habían transmitido sus predecesores, podía acoger a un tiempo su arte y su doctrina, convirtiendo la sabiduría en poesía. En consecuencia, el verdadero valor artístico de Persio responde siempre a una doble corriente, a un dualismo lírico-satírico, que sólo llega a fundirse en la concepción unitaria del estoicismo, en la voz de una minoría intelectual que, a partir de Nerón, más que profesar un sistema filosófico, enarbolaba una bandera de combate. Persio, en definitiva, no es un genio; pero tampoco sus *Sátiras* son, como a veces se ha insinuado, una de las más enojosas creaciones del arte poético, ni su lectura constituye, por la forma, un martirio; es un talento prematuro, que sabe unir a una delicada sensibilidad la capacidad de abordar las ideas generales y los grandes problemas de la aventura humana. Como filósofo, posee al mismo tiempo la finura de Séneca, la firmeza de Epicteto y la claridad de Marco Aurelio; como satírico, es menos carialegre que Horacio y menos brillante que Juvenal, pero su acento es sin duda más íntimo y más profundo.

4. *La obscuridad*

Hay que confesar, sin embargo, que, sin ser insoportable, como ciertos críticos aseguran, la obra de Persio resulta difícil para el lector actual. Persio es uno de los escritores menos accesibles. Tan innegable como la gloria que coronó inmediatamente la breve producción del poeta, es su dificultad, que poco a poco fue creciendo hasta hacerse legendaria. Los exegetas han ido embrollando la cuestión, han acentuado la dificultad, hasta el punto de hacer creer que para Persio cualquier expresión natural, incluso la más sencilla, era tabú. Ahora bien, haciendo caso omiso de exageraciones y leyendas, ¿qué carácter presenta esta obscuridad, que llegó a parecer impenetrable?

En primer lugar, un hecho es indiscutible. Para glorificar la obra de Persio, sus contemporáneos tuvieron que entenderla: afirmar que la admiración es un resultado frecuente

de la incomprensión, como alguien ha apuntado, no es sino escaparse por la tangente; en tales casos, dicha admiración grotesca, que todos hemos conocido en alguna ocasión, se reduce a pequeños núcleos de pedantes y alabarderos, pero no encuentra eco en los ámbitos conscientes. Pese a todo, no puede negarse que a menudo una neblina, tal vez pasajera, se extiende ante los ojos del lector y no le permite seguir el proceso y encadenamiento de las ideas. Se necesita, en una palabra, la máxima atención y el más laborioso análisis para no creer de vez en cuando que nos hallamos ante una esfinge.

Esta obscuridad, frecuentemente confundida con la ambigüedad o la anfibología, ya fue advertida por los antiguos. Elocuentes, aunque del todo legendarias, son las anécdotas, tantas veces repetidas, según las cuales San Ambrosio, irritado por no lograr entender a Persio, tiró el libro gritando: *Si non vis intellegi, non debes legi,* mientras que San Jerónimo, por el mismo motivo, lo lanzó al fuego para que las llamas alumbraran el pavoroso antro. Sería ocioso buscar en las obras de los dos Santos Padres ninguna expresión que justificara la leyenda; San Jerónimo, por el contrario, cita constantemente a Persio, haciendo ver que lo entiende y aprecia de veras. Pero en la baja latinidad, y especialmente entre los escritores no romanos, la lectura de Persio se había hecho sumamente difícil. La penosa impresión persistió a través de los autores de los siglos X y XI, puesto que en no pocos manuscritos de las *Sátiras* aparecen un *Incipit* y un *Explicit* parafraseados en rudos epigramas, que comparan al autor, por su obscuridad, al mismo infierno. Valga como ejemplo: «Comienza Persio, por todas partes obscuro orco; como el infierno, así permanece él en sus tinieblas». En otros epigramas, la poesía de Persio, por sus contorsiones de lengua y estilo, es comparada al rabo de un cochinillo. Probablemente estos versos, breves y harto vulgares, derivan de una fuente única, muy anterior a los mismos manuscritos que nos los transmiten, sin que parezca arriesgado sospechar que se entroncan con la *emendatio* de Barcelona de que luego hablaremos.

De donde se desprende que, alejados por siglos de distancia de la época del poeta, los copistas tropezaban con dificultades que a la sazón no podían descifrar la filología ni los conocimientos del latín. Fácilmente se comprende que, frente a las construcciones violentas, a los pensamientos poco claros y no siempre trabados entre sí, a los vocablos nuevos o usados en sentido distinto del corriente, los amanuenses poco expertos perdiesen los estribos. Todavía en unos tiempos más cercanos a los nuestros, J. César Escalígero y su hijo José se enfurecían contra Persio, un *ostentator febriculosae eruditionis,* declarándolo *ineptus,* porque *cum legi vellet quae scripsisset, intellegi noluit quae legerentur*[9]. El mismo Casaubon, pese a su decisiva contribución al esclarecimiento de las dificultades de Persio y a su defensa contra el ataque de Escalígero, admitía que el poeta, especialmente en las *Sátiras* I y IV, gustó de refugiarse en el enigma, mientras Cornuto le debía de susurrar insistentemente al oído la antigua palabra ◎◎◎◎◎◎◎◎◎ "obscurece". De esta forma, Persio fue siempre retenido por el autor más obscuro de toda la latinidad. *Auctor difficillimus* y *obscurus vates* se lee en la portada de diversas ediciones y explanaciones antiguas. Dicha obscuridad, ya proverbial, halla todavía un eco en sor Juana Inés de la Cruz y en Boileau, el cual, sin embargo, en *L'Art poétique,* señalaba acertadamente que Persio *en ses vers obscurs, mais serrés et pressants, / affecta d'enfermer moins de mots que de sens.*

Desde su punto de vista, la crítica no era del todo incongruente. El problema, finalmente, fue planteado con precisión por O. Jahn, en su edición fundamental de Persio (1843), cuando

---

[9] J. C. ESCALIGERO, *Hypercrit.* 6, y *Ars Poet.* III 97.

reconocía que es imposible procurarse un texto crítico del poeta prescindiendo de un comentario interpretativo; a su vez, C. F. Hermann precisó que las dificultades del satírico dependen más de la naturaleza del texto que de las dudas de lectura, es decir, que en el caso de Persio es más necesaria la tarea del intérprete que la del crítico. ¿Qué grado de verdad, en suma, hay que reconocer en la encarnizada hostilidad de los detractores del poeta?

Las dificultades existen, evidentemente, en sus *Sátiras.* Pero dificultad no equivale a obscuridad, como advertía G. Papini, refiriéndose a Dante Alighieri. Toda gran obra permanecerá siempre obscura para quien la aborda sin la seriedad y la preparación especial que exige la aproximación de cada uno de los niveles culturales en sus diversos aspectos. Baste recordar los casos de los poemas homéricos, de Virgilio, del mismo Dante, de Quevedo, de P. Valéry o de C. Riba. Persio pertenece, sin ser un genio, a este linaje de escritores privilegiados. Para entenderlo, hay que excluir, de entrada, la sospecha de que el poeta persiguiera deliberadamente esta obscuridad, hasta el punto de no comprenderse a sí mismo; no podemos dejarnos arrastrar por las leyendas que vieron en él un [illegible]ς el «más sombrío»; es peligroso convertirse en Edipo de una esfinge imaginaria, porque el trance es un juego difícil y nos recuerda un nombre mítico que no se vio acompañado de la buena suerte. Parece injusto que para entenderlo nos esforcemos en renunciar a las reglas de la latinidad. Los modernos progresos filológicos nos permiten penetrar íntimamente en sus secretos; hoy, con voluntad y reflexión, podemos gozar de su lectura como sucedió a sus contemporáneos: he aquí un principio indiscutible.

Ahora bien, debemos reconocer que la proclamación milenaria de la obscuridad de Persio no carece de fundamento. Esta «tenebrosidad», hoy casi vencida del todo, procede de diversas causas. En primer lugar, de la concisión característica de su estilo quebrado, vigoroso, abrupto; no raramente, la exposición de su pensamiento carece del nexo más rígidamente indispensable; unas veces, al precipitársele el pensamiento en la expresión, cierra las premisas sobrentendiendo la conclusión; otras, la conclusión supone unas premisas inexistentes. Las transiciones suelen ser bruscas, improvisadas; el lector se ve obligado a reflexionar, a leer entre líneas, a releer todo el pasaje o toda la composición para entender, casi por sorpresa, el encadenamiento de las ideas; y no todos los lectores se imponen, desgraciadamente, dicho esfuerzo. Otra razón es la forma dialogada a que Persio recurre a menudo, introduciendo en el discurso un supuesto interlocutor o fingiendo la reproducción de sus palabras; no siempre se logra distinguir con claridad si habla el interlocutor, el poeta, o si interviene repentinamente otro personaje; así el recurso artístico del diálogo llega a resultar en sus manos un lamentable «fiasco»; la diversa distribución de los elementos dialogísticos entre los intérpretes puede no influir a veces sensiblemente en el sentido de un pasaje, pero otras veces da lugar a profundas modificaciones. Otras razones pueden ser el afán del poeta, tal vez demasiado amante de locuciones insólitas o nuevas para herir la imaginación del lector o del oyente, por servirse aquí y allá de metáforas o metonimias audaces, coloreadas, extrañas, a veces dobles, que a la primera ojeada no permiten desvelar su pensamiento; o su propensión al uso, tal vez deliberado, de frases ambivalentes o ambiguas, susceptibles de diversas interpretaciones; o las frecuentes alusiones, también corrientes en Marcial o Juvenal, a costumbres, sucesos y recuerdos de su tiempo, ciertamente claras para sus contemporáneos, pero enigmáticas por su mismo desgaste ante la posteridad, si no van acompañadas de comentarios minuciosos. Podrían añadirse a estas causas su falta de fantasía poética, su inexperiencia de escritor, las

características de su *sermo,* su muerte prematura. Persio dejó inacabada su obra: nuestro juicio no puede prescindir de esta fatalidad. Sólo así se comprenderán objetivamente sus notables cualidades de pensamiento y estilo, de reproducción artística de las circunstancias ambientales, de eficacia ética, de entusiasmo por el bien, existentes en sus *Sátiras.*

5. Supervivencia y fortuna

Estas últimas cualidades ocasionaron, sin duda, en la Antigüedad la fama de Persio. Ya hemos visto cómo, según el testimonio del biógrafo, se entusiasmaba Lucano con la lectura de las *Sátiras* y qué éxito inmediato de público acogió su publicación. Un crítico tan sagaz como Quintiliano, que cita e incluso imita a Persio, dejó en su reseña de los escritores griegos y romanos el famoso juicio: *Multum et verae gloriae quamvis uno libro Persius meruit*[10]. Unos años antes, Marcial, al recomendar la brevedad como don inestimable en literatura, había cerrado un epigrama con el dístico: *Saepius in libro numeratur Persius uno / quam levis in tota Marsus Amazonide*[11]. Es cierto que Juvenal, al recordar los grandes satíricos de Roma, no menciona a Persio, pero se sirve en diversos pasajes de su obra de frases típicamente persianas. Sólo la época frontoniana, de tendencia arcaizante, carece de alusiones a nuestro poeta. Pero luego se multiplican las citas y los elogios, a lo que contribuye el espíritu de los primeros siglos del Cristianismo, cuya ética concordaba con el valor moral y no pocas ideas de la doctrina estoica. Persio es recordado por los apologistas y los padres de la Iglesia: Tertuliano, Lactancio, Jerónimo, Agustín, Isidoro de Sevilla; es conocido por los poetas, como Ausonio, Prudencio, Sedulio y Sidonio Apolinar; es mencionado y estudiado por los gramáticos más famosos, como Diomedes, Donato, Servio y Probo.

A esta misma época, a comienzos del siglo v, se remonta la más antigua *emendatio* o revisión conocida del texto de las *Sátiras:* exactamente al año 402, en que un erudito, Flavio Julio Trifoniano Sabino, revisó en Barcelona un manuscrito de Persio, arquetipo de los códices posteriores, al que puede atribuirse la denominación de *recensio Sabiniana* o *Barcinonensis.* Los códices de Persio se multiplicaron notablemente a partir del siglo IV hasta el punto de que no hay ninguna biblioteca en Europa que no posea uno más o menos antiguo o reciente. Aunque su número puede llegar al centenar y medio, la moderna crítica textual sostiene que, para obtener un buen texto, basta acudir a unos pocos, no más de diez, los más antiguos y de reconocida autoridad. Todos los indicios y testimonios demuestran que Persio no dejó, durante la Edad Media, de ser leído, buscado, glosado y transcrito con un incesante afán, que perdura hasta los tiempos modernos, al menos por lo que atañe al interés de los eruditos, a pesar de las opiniones hostiles al poeta por la dificultad o el hermetismo de su estilo. Puede afirmarse que, después de Virgilio, Horacio y Juvenal, Persio ha sido el poeta latino que ha gozado del mayor número de escoliastas y comentaristas.

La época humanística continuó dedicando al poeta toda la atención de editores y glosadores, pero no cesaron —aunque de forma esporádica—, como advertíamos más arriba, las voces de incomprensión o de abierta censura, entre los estudiosos, ante la producción satírica de Persio. Contra la irrupción, a veces desabrida y brutal, de tales detractores se

---

[10] QUINTILIANO, X 1 , 94; cf. XII 10, 26

[11] MARCIAL, IV 29, 7-8.

levantaron los disidentes, entre los cuales sobresalió el que más derecho tenía de asumir la defensa de Persio por haber sido, después de los antiguos escoliastas, el que más que nadie contribuyó a explorar y esclarecer la mentalidad del poeta: el humanista suizo Isaac Casaubon (1559-1614). Éste, al admitir que Persio ensombreció deliberadamente, una y otra vez, su pensamiento, se anticipaba al juicio de los críticos modernos ante el fenómeno de la poesía hermética. No siempre son suficientes la nitidez o la cordura para explicar la obscuridad: los temas más inocentes, como acontece en Persio, pueden ser víctimas del mismo conflicto. Las modernas ediciones comentadas de Persio y la abundancia de ensayos, artículos y monografías que se han dedicado al satírico[12] no olvidan las sabias directrices de Casaubon, sin dejar de reconocer las frecuentes ambigüedades que presenta su estilo: tampoco escasean éstas en el mismo Virgilio. Sólo los poetas mediocres no suscitan discusiones ni necesitan intérpretes.

MIQUEL DOLÇ

[12] Véanse en la *Bibliografía los* principales títulos.

BIBLIOGRAFÍA

a) Ediciones

G. ALBINI, Turín, Paravia, 1910.

D. Bo, Turín, Paravia, 1969.

A. CARTAÜLT, París, Les Belles Lettres, 1927, 2.ª ed. Con traducción francesa.

I. CASAÜBON, París, 1605; 2.ª ed., 1615; 3.ª ed., Londres, 1647.

W. V. CLAÜSEN, Oxford, Clarendon, 1956.

S. CONSOLI, Roma, Loescher, 1904; 2.ª ed. reformada, 1911; 3. ed., 1913. Con repertorio de *coniecturae, testimonia, imitatores.*

M DOLÇ, Escuela de Filología de Barcelona, Clásicos «Emerita», Barcelona, 1949. Con comentario.

– Fundació Bernat Metge, 112, Barcelona, 1954. Con traducción catalana.

C. F. HERMANN, Leipzig, Teubner, 1854; reimpr. 1915.

L. HERRMANN, «Colec. Latomus», Berchem-Bruselas, 1962.

O. JAHN, Leipzig, Breitkopf-Haertel, 1843; 2.ª ed., Berlín, 1868.

—3.ª ed. por F. BÜCHELER, 1893.

—5.ª ed. por F. BÜCHELER y F. LEO, Berlín, Weidmann, 1932.

F. LEO, Berlín, Weidmann, 4.ª ed., 1910.

MARSILI, Studi e Testi, XIX, Libr. Goliardica, Pisa, 1960.

G. NÉMETHY, Colegio Filológico de la Academia Literaria Húngara, Budapest, 1903.

H. NETTLESHIP-J. CONINGTON, Oxford, Clarendon, 2.ª ed., 1874; 3.ª ed., 1893.

S. G. OWEN, Oxford, Clarendon, 1903; 2.ª ed., 1907.

M. PAGLIANO, «Col. Poeti di Roma», Bolonia, Zanichelli, 1967. Con traducción italiana.

F. RAMORINO, «Corpus Paravianum», Turín, Paravia, 1919; Turín, Chiantore, 1920, 2.ª ed.

G. S. RAMSAY, «The Loeb Classical Libr.», Londres, 1918. Con traducción inglesa.

G. STANO, Bolonia, Cappelli, 1936. Con traducción italiana.

S. VILLEGAS GUILLÉN, «Colee. Manifiesto Secc. Clás.», Madrid, 1975.

F. VILLENEÜVE, París, Hachette, 1918. Importante introd. y coment.

I. VAN WAGENINGEN, Groningen, Noordhoff, 1911, 2 vols.

b) *Estudios generales*

F. BALLOTTO, *Cronologia ed evoluzione spirituale nelle Satire di Persio,* Messina, D'Anna, 1964.

H. BARDON, «Perse et la réalité des choses», *Latomus* XXXIV (1975), 319-335.

— «Á propos de Perse. Surréalisme et collage», *Latomus* XXXIV (1975), 675-698.

A. BELTRAMI, *La recente esegesi delle Satire di Persia,* Lucca, Artigianelli, 1936.

S. CHALOUPKA, *De Persii Satirarum forma dialogica adductis notis exegetico-criticis,* Progr., Braunau, 1887.

G. CHIABRA, *A. Persio Flacco nella vita, nell'arte, nella filosofia,* Nápoles, 1900.

A. EICHENBERG, *De Persii Satirarum natura et indole,* tesis, Breslau, 1905.

G. FARAUDA, *Caratteristiche dello stile e del linguaggio poetico di Persio,* Rovereto, Longo, 1953.

A. FRANCHINO, «11 problema dell'oscuritá di Persio», *Ann. della Fac. di Magist. dell'Univ. di Bari* XIII (1973-1974), 675-683.
E. GAAR, «Persiusprobleme», *Wien. Stud.* XXXI (1909), 128, 233.
E. GUIDO, «Aulo Persio Flacco critico letterario», *Ann. del Liceo Ugo Foscolo,* Pavía, 1927-1928.
M. GUILLEMIN, «Le satirique Perse», *Les Ét. Class.* VII (1938), 161-167.
E. HAGUENIN, «Perse a-t-il attaqué Néron?», *Rev. de Philol.* XXIII (1899), 301 ss.
L. HERRMANN, «L'empereur Néron et le roi Midas», *Rev. des Ét. Lat.* VI (1928), 313-319.
W. C. KORFMACHER, «Persius as a literary critic», *Transact. and Proceed. of the Americ. Philol. Assoc.* LXII (1931), XXXIV; mismo título, *Class. Journal* XXVII (1933), 276-286.
D. KORZENIEWSKI, «Die dritte Satire des Persius», *Helikon* XI-XII (1971-1972), 289-308.
R. C. KÜKULA, «Persius und Nero», *Festschr. Graz. Akad. Se-nat* (1923), 118 págs.
E. V. MARMORALE, *Persio,* Florencia, 1945 (Biblioteca di Cultura, XVIII, La Nuova Italia); 2.ª ed. rehecha, Florencia, 1956.
A. MINGARELLI, *Aulo Persio Flacco, La vita e le opere,* Bolonia, Gherardi, 1911.
TH. PABST, *De A. Persii Flacci virtutibus et vitiis,* Rhathenow, 1870.
E. PARATORE, *Biografia e poetica di Persio,* Florencia, Le Monnier, 1968.
L. POLACCHI, *Le Satire di A. Persio Flacco,* Terano, 1922.
A. DA SILVA, *Breve ensayo sobre Pérsio,* Lisboa, 1928.
L. SIMIONI, *Alcune questioni relative a Persio,* Padua, 1895.
P. THOMAS, «Notes critiques et explicatives sur les Satires de Perse», *Bull. de la classe des Lettres de l'Acad. royale de Belgique* (1920), 45-66.
F. VILLENEUVE, *Essai sur Perse,* París, Hachette, 1918.

c) *Filosofía, modelos, arte*

H. BARREAÜ, *Quae vis fuerit Christianae doctrinae apud Senecam, Persium et nonnullos huiusce aetatis Stoicos,* París, 1854.
A. BUCCIARELLI, *Utrum Aulus Persius Flaccus doctrinae Stoicae sit sectator idem et interpres,* Roma, 1888.
C. BÜSCAROLI, *Persio studiato in rapporto a Orazio e Giovenale,* Imola, Baroncini, 1924.
CASAUBON, *Persiana Horatii imitatio,* ensayo publicado como apéndice a su edición de las *Sátiras,* París, 1605, págs. 525558.
G. C. FISKE, «Lucilius and Persius», *Transact. and Proceed. of the Americ. Philol. Assoc.* XL (1909), 121-150.
E. GAAR, «Persius und Lucilius», *Wien. Stud.* XXXII (1910), 144.
V. GÉRARD, «Le latin vulgaire et le langage familier dans les Satires de Perse», *Mus. Beige* 1 (1897), 81-103.
H. JATTKOWSKI, *De sermone in A. Persii Flacci et D. luvenalis Satiris figurato,* Progr., Allenstein, 1886.
C. MARTHA, «Un poéte Stoïcien. Les Satires de Perse». *Rev. des deux Mondes* XLVII (1863), 291-325.
W. MENDELL, «Satire as popular Philosophy», *Class. Philology* XV (1920), 138-157.
V. PAPA, *Lo stoicismo di Persio,* Turín, 1882.

E. PARATORE, «De Persio Horatii interprete», *Latinitas* XVII (1969), 245-250.
A. PARISI, Il *linguaggio figurato in A. Persio Flacco,* Chevasco, Raselli, 1913.
J. ROGER, «L'imitation d'Horace dans les Satires de Perse», Mém, de diplóme d'ét. sup. Fac. des Lettres, París, 1940.
M. SCHÖNBACH, De Persii in Satiris sermone et arte, Leipzig, 1910.
G. STEPHAN, *Die dichterische Individualität des Persius,* Schönberg, 1882.
C. THIEL, *Horatius, Persius, luvenalis satirarum scriptores,* Progr., Schwedt, 1871.
TH. WERTHER, *De Persio Horatii imitatore*, Halle, 1883.

VITA AULIS PERSI FLACCI DE COMMENTARIO PROBI VALERI SUBLATA

Aules Persius Flaccus natus est pridie Non. Dec. Fabio Persico L. Vitellio coss., decessit VIII Kal. Dec. P. Mario Afinio Gallo coss.

natus in Etruria Volaterris, eques Romanus, sanguine et [5] affinitate primi ordinis uiris coniunctus. decessit ad octauum miliarium uia Appia in praediis suis.

pater eum Flaccus pupillum reliquit moriens annorum fere VI. Fuluia Sisennia nupsit postea Fusio equiti Romano et eum quoque extulit intra paucos annos.

[10] studuit Flaccus usque ad annum xii actatis suae Volaterris, inde Romae apud grammaticum Remmium Palaemonem et apud rhetorem Verginium Flauum. cum esset annorum XVI, amicitia coepit uti Annaci Cornuti, ita ut nusquam ab eo discederet; inductus aliquatenus in philosophiam. est.

[15] amicos habuit a prima adulescentia Caesium Bassum poetam et Calpurnium Staturam, qui uitio eo iuuenis decessit. coluit ut patrem Seruilium Nonianum. cognouit per Cornutum etiam Annaeum Lucanum, aeque tum auditorem Cornuti. nam Cornutus [20] illo tempore tragicus fuit sectae poeticae, qui libros philosophiae reliquit. sed Lucanus mirabatur adeo scripta Flacci, ut uix se retineret recitantem a clamore: quae illius essent uera esse poemata, se ludos facere. sero cognouit et Senecam, sed non ut caperetur eius ingenio. usus est apud Cornutum duorum conuictu [25] doctissimorum et sanctissimorum uirorum acriter tunc philosophantium, Claudi Agathini medici Lacedaemonfi et Petroni Aristocratis Magnetis, quos unice miratus est et aemulatus, cum aequales essent Cornuti, minor ipse. idem decem fere annis summe dilectus a Paeto Thrasea est, ita ut

VIDA DE AULES PERSIO FLACO, TOMADA DEL COMENTARIO DE VALERIO PROBO

Aules Persio Flaco nació en la víspera de las nonas de diciembre, siendo cónsules Fabio Pérsico y L. Vitelio; murió a ocho días de las calendas de diciembre, siendo cónsules P. Mario y Afinio Galo.

Nació en Etruria, en Volterra. Caballero romano, por la sangre y [5] por el parentesco estuvo ligado a varones del orden primero. Murió dentro de su propiedad en la vía Apia, hacia la octava columna miliar.

Su padre Flaco, al morir, lo dejó huérfano, aproximadamente de seis años. Después Fulvia Sisenia tomó por esposo al caballero romano Fusio, y también a él lo llevó a sepultar en pocos años.

[10] Sin interrupción, Flaco estudió en Volterra hasta los doce años de edad; después en Roma, con el gramático Remio Palemón y con el rétor Virginio Flavo. Cuando tenía dieciséis años comenzó a valerse de la amistad de Aneo Cornuto; tanto que en ninguna ocasión se separaría de él. Se introdujo hasta cierto punto en la filosofía.

[15] Desde su primera juventud tuvo como amigos al poeta Cesio Baso y a Calpurnio Estatura, quien murió joven, viviendo él. Cultivó a Servilio Noniano como a un padre. Por Cornuto conoció también a Anco Lucano, entonces oyente por igual de Cornuto. En efecto, [20] en aquel tiempo Cornuto fue un trágico de escuela poética, que dejó libros de filosofía. Pero Lucano admiraba tanto los escritos de Flaco, que, recitándolos, difícilmente se reprimiría del clamor: lo que sea de él es verdadero poema, que él mismo hace juego. Tarde conoció incluso a Séneca, pero no de manera de ser cautivado por su talento. En casa de Cornuto se sirvió del trato [25] de dos doctísimos y venerabilísimos varones, que entonces filosofaban con agudeza: el médico lacedemonio Claudio Agatino y Petronio Aristócrates de Magnesia, a quienes de manera excepcional admiró y emuló, aun siendo de la misma edad de Cornuto, menor él mismo. Además, fue muy querido por Peto Trásea por casi diez años;

peregrinaretur quoque cum eo aliquando, cognatum elus Arriam uxorem habente.

fuit morum lenissimorum, uerecundiae uirginalis, famae pulchrae, pietatis erga matrem et sororem et amitam exemplo sufficientis. fuit frugi, pudicus. reliquit circa HS uicies matri et sorori. scriptis tantum ad matrem codicillis Cornuto rogauit ut daret HS XX , aut ut quidam, C ; ut alli uolunt, et argenti facti pondo uiginti et libros circa septingentos lirysippi siue bibliothecam suam omnein. uerum Cornutus sublatis libris pecuniairi sororibus, quas heredes frater fecerat, reliquit.

scriptitauit et raro et tarde; hune ipsum librum inperfectum reliquit. uersus aliqui dempti sunt ultimo libro, ut quasi finitus esset. leuiter contraxit Cornutus et Caesio Basso, petenti ut ipse ederet, tradidit edendum. scripserat in pueritia Flaceus etiam praetextam †uescio et opericon† librum unum et paucos [sororum Thrasea] in Arriam matrem uersus, quae se ante uirum occiderat. omnia ea auctor fuit Cornutus matri eius ut aboleret. editum librum continuo mirari homines et diripere coeperunt.

decessit autem uitio stomachi anno aetatis XXX. sed mox ut a schola magistrisque deuertit, lecto Lucili libro decimo uehementer saturas componere instituit. cuius, libri principium imitatus est, sibi primo, mox omnibus detrectaturus cum tanta recentium poetarum et oratorum insectatione, ut etiam Neronem illius temporis principem inculpauerit. cuius uersus in Neronem cum ita se haberet: *auriculas asini Mida rex habet,* in eum modum a Cornuto, ipse tantummodo, est emendatus: *auriculas asini quis non habet?* ne hoc in se Nero dictum arbitraretur.

tanto que incluso alguna vez viajaría por el extranjero con él, quien tenía por mujer a Arria, parienta suya.

Fue de costumbres suavísimas, de vergüenza virginal, de pulcra fama, modelo de piedad suficiente hacia su madre, su hermana y su tía paterna. Fue frugal, púdico. Dejó cerca de dos millones de sestercios a su madre y a su hermana. Sólo rogó a su madre, por medio de unos codicilos, que le diera veinte mil sestercios a Cornuto; o, según quieren algunos, cien mil; según otros, tanto veinte libras de plata labrada, como cerca de setecientos libros de Crisipo, o toda su biblioteca. Pero Cornuto, una vez que le proporcionaron los libros, dejó el dinero a las hermanas, a quienes su hermano había hecho herederas.

Escribió rara y tardíamente; dejó imperfecto este mismo libro. Fueron quitados algunos versos del último libro, para que en cierto modo estuviese acabado. Superficialmente lo recogió Cornuto, y para publicarlo lo remitió a Cesio Baso, quien lo pedía para él mismo publicarlo. En su adolescencia Flaco había escrito también una "pretexta": *Vescia* , un libro *Itinerario*, y unos pocos versos sobre Arria, la madre [de las parientas de Trásea], la que se había quitado la vida ante su marido. Cornuto fue un consejero para la madre de aquél, a fin de que destruyera todo esto. Inmediatamente los hombres comenzaron a admirar y a disputar el libro publicado.

Pero murió por un mal de estómago, en el año treinta de su edad. Luego que se apartó de la escuela y de los maestros, leído el libro décimo de Lucilio, con vehemencia empezó a componer sátiras. Imitó el principio de aquel libro, primeramente para censurarse a sí mismo, luego a todos, con escarnio tan grande de poetas y oradores recientes, que incluso inculpó a Nerón, príncipe de aquel tiempo. El verso suyo contra Nerón, aunque se tuviera así: *el rey Midas tiene orejas de asno,* fue enmendado por Cornuto —tan sólo ése— de esta manera: *¿quién no tiene orejas de asno?,* para que Nerón no creyera que éste fue dicho contra él.

SÁTIRA I

Esta sátira inicial de las de Persio es una ruda diatriba contra los pésimos gustos literarios de su tiempo. Ataca la poesía helenizante de los aficionados y de los modernos, y justifica su derecho a dedicarse a este género. Nuestro poeta declara a un interlocutor anónimo que no se preocupa por el corrompido juicio literario de los romanos, atentos únicamente a la pompa vana de los recitales. Es consciente de que será poco leído, y de que le pospondrán a cualquier poetastro. Éste es el tono general del preámbulo, iniciado con una exclamación y una máxima que delatan inequívocamente el carácter moral del género. El poeta bosqueja un apunte breve, pero lleno de vida, de los recitales públicos, en los que se da a conocer una poesía o una prosa vana y grandilocuente, exhibidas con frecuencia en sobremesas ante comensales algo ebrios y en todo caso ignorantes. No es que Persio sea insensible a la gloria, pero no quiere en modo alguno imitar a los ricos que se buscan el aplauso por medio de regalos, y que hacen caso omiso de las burlas que, son conscientes de ello, se les hacen a sus espaldas. Lo que aquí nuestro poeta subraya con fuerza es que técnica y artificio carentes de inspiración no conducen a nada, son incapaces de suscitar emociones auténticas.

El poeta, pues, se pregunta por los gustos del público, y cuando su interlocutor le constata que fundamentalmente es una poesía construida, él añade que huera, y completa la visión con una acerba crítica de la manía arcaizante. Y ante la insistencia del interlocutor sobre la belleza, a fin de cuentas, de la poesía que él alaba, contraponiéndola incluso a algún verso menos perfecto de Virgilio, Persio llega al fondo de la cuestión, emergiendo otra vez la idealización del género satírico, subrayando la libertad con que escribieron sus eximios representantes Lucilio y Horacio. Para ello alude a los derechos de la virilidad romana.

Porque la situación en Roma tal como Persio la ve es especialmente dura. En Ovidio (*Metamorfosis* XI 180 ss.) leemos que el barbero del rey Midas descubrió que su amo tenía orejas de burro. Y cuchicheó el secreto en una cueva, bajo tierra. El secreto de Persio es que en Roma todo el mundo tiene orejas de burro, pero nuestro satírico, lejos de enterrar su secreto, lo proclama confiándolo a su libro. El paralelismo de Midas con el vulgo romano impone, pero los romanos salen peor parados. Pues Midas recibió sus orejas como castigo de su incompetencia como crítico de arte: en efecto, juzgó que Pan era superior a Apolo. No de otra guisa es el pésimo gusto literario de los romanos, pero su raíz es peor, pues la degeneración en el gusto literario procede de la degeneración moral. Éste es el meollo de toda la sátira de Persio, y en este sentido pretende ser correctivo de aquella sociedad.



SATVRA I

O curas hominum! o quantum est in rebus inane!
'quis leget haec?' min tu istud ais? nemo hercule. 'nemo?'
uel duo uel nemo. 'turpe et miserabile.' quare?
ne mihi Polydamas et Troiades Labeonem
praetulerint? nugae. non, si quid turbida Roma
eleuet, accedas examenue inprobum in illa
castiges trutina nec te quaesiueris extra.
nam Romae quis non—a, si fas dicere—sed fas
tum cum ad canitiem et nostrum istud uiuere triste
aspexi ac nucibus facimus quaecumque relictis,
cum sapimus patruos. tunc tunc—ignoscite (nolo,
quid faciam?) sed sum petulanti splene—cachinno.
scribimus inclusi, numeros ille, hic pede liber,
grande aliquid quod pulmo animae praelargus anhelet.
scilicet haec populo pexusque togaque recenti
et natalicia tandem cum sardonyche albus
sede leges celsa, liquido cum plasmate guttur
mobile conlueris, patranti fractus ocello.
tunc neque more probo uideas nec uoce serena

SÁTIRA I

«¡Oh cuidados de los hombres! ¡Cuánta es la inanidad de las cosas!»[1] «¿Quién leerá esto?» «¿Me lo preguntas a mí? Nadie, ¡por Hércules!» «¿Nadie?» «Quizás un par de personas, quizás ni una tan siquiera». «¡Qué vergüenza y qué miseria!» «¿Por qué? ¿Temes que *Polidamante* y que *Las Troyanas*[2] me pospongan a Labeón[3]? ¡Tonterías! No porque la turbia Roma juzgue que una obra es de tres al cuarto tú vas a estar de acuerdo y enderezarás el fiel **[5]** descentrado de tal balanza, o te buscarás fuera de ti. Vamos a ver, en Roma, ¿quién hay que no...[4]? ¡Ah, si se pudiera hablar! Pero sí, se puede. Entonces, cuando he observado nuestros cabellos blancos y nuestra triste vida, todo lo que hacemos luego de haber dejado atrás los juegos **[10]** con las nueces[5], cuando adoptamos la severidad de nuestros tíos[6], entonces, entonces... perdonadme». «No quiero». «Pero, ¿qué puedo hacer? Tengo hiel agresiva y suelto la carcajada».

Nos encerramos en nuestro estudio y nos ponemos a escribir, éste en prosa, aquél en verso, pero piezas sublimes que un pulmón pródigo de aliento emitirá jadeante[7]. Y es algo evidente que cuando tú, bien peinado, con la **[15]** toga recién almidonada y luciendo, en fin, la sardónica de tu cumpleaños, blanco de pies a cabeza, y sentado en una cátedra elevada, leas en público tus composiciones, no sin antes haberte aclarado la garganta con gargarismos fluidos, te engreirás

---

1 Esta exclamación es tanto de fondo ciceroniano *(De oratore* III 2, 7) o lucreciano (II 14) como evoca la misma Biblia, su libro *Cohelet* o *Eclesiastés* I 1: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.* El segundo verso está tomado, con seguridad, literalmente de Lucilio, y probablemente también el primero, éste con algún retoque.

2 No se puede excluir aquí una alusión a las dos tragedias de Eurípides que llevan estos nombres, sin embargo, la alusión cierta es al pasaje de la *Ilíada XXII* 100 ss., donde Héctor declara preferir la muerte a los reproches de Polidamante. Cuando Persio cita a las troyanas quiere resaltar el afeminamiento de los romanos, descendientes de Eneas, pero no hay que olvidar que según una tradición épica (contenida en la *Pequeña Ilíada),* fueron las mujeres troyanas la causa del injusto juicio que asignó a Ulises, frente a Ayante, las armas de Aquiles.

3 Accio Labeón, un pésimo traductor de Homero.

4 Lo que aquí se sobreentiende se dirá mucho más abajo: «tenga orejas de burro» (v. 121).

5 En Roma los niños solían jugar con nueces.

6 Una traducción más ceñida sería: «nos las damos de tíos severos», pero si se traduce así surge en castellano un equívoco molesto.

7 Aquí comienza exactamente la sátira contra los pomposos y fatuos autores de poemas declamatorios.

ingentis trepidare Titos, cum carmina lumbum
intrant et tremulo scalpuntur ubi intima uersu.
tun, uetule, auriculis alienis colligis escas,
articulis quibus et dicas cute perditus 'ohe'?
'quo didicisse, nisi hoc fermentum et quae semel intus
innata est rupto iecore exierit caprificus?'
en pallor seniumque! o mores, usque adeone
scire tuum nihil est nisi te scire hoc sciat alter?
'at pulchrum est digito monstrari et dicier "hic est."
ten cirratorum centum dictata fuisse
pro nihilo pendes?' ecce inter pocula quaerunt
Romulidae saturi quid dia poemata narrent.
hic aliquis, cui circum umeros hyacinthina laena est,
rancidulum quiddam balba de nare locutus
Phyllidas, Hypsipylas, uatum et plorabile siquid,
eliquat ac tenero subplantat uerba palato.
adsensere uiri: nunc non cinis ille poetae
felix? non leuior cippus nunc inprimit ossa?
laudant conuiuae: nunc non e manibus illis,
nunc non e tumulo fortunataque fauilla
nascentur uiolae? 'rides' ait 'et nimis uncis
naribus indulges. an erit qui uelle recuset
os populi meruisse et cedro digna locutus

roto, con los ojos en blanco. Pero entonces verás cómo los Titos colosales[8] se estremecen de manera indecente, con la voz alterada mientras la poesía se les escurre dentro por los lomos y su trémolo les llega a tocar el mismísimo carajo.

¿Es que tú, viejo chocho, les das pastos a los oídos ajenos, a aquellos oídos a los que tú mismo, con la piel tensa, a punto de estallar, dirías: «¡basta!»? «¿Para qué haber aprendido, para qué esta levadura si tal cabrahígo cuando ha echado raíces en nuestra entraña no nace y nos revienta el hígado[9]?» «De ahí la palidez y la decrepitud. ¡Vaya costumbres! ¿Hasta tal punto no valen nada tus saberes si los demás no saben que sabes?» «Bueno, pero te llena que te señalen con el dedo y que digan: «es él»: ¡Y ahí es nada haber sido el tema propuesto para un dictado a cien mozalbetes rizados[10]!» «Hete aquí que, entre copa y copa, a los quirites bien hartos les apetece saber lo que explican los divinos poemas, y entonces cualquiera que se arrope las espaldas con un manto de color de jacinto empieza a balbucir de una manera pedantesca, con voz gangosa, algo de Filis o de Hipsípila[11], o lo que haya de quejumbroso en los poetas; con su paladar tierno les pone la zancadilla[12] a las palabras. Los hombres hechos y derechos manifestaron su acuerdo: ¿no son ahora felices las cenizas ilustres del poeta? ¿No pesa menos la losa encima de sus huesos[13]? Los invitados aplauden; tú dime: ¿es que de estos manes[14] gloriosos y de estos despojos afortunados no van a nacer violetas?» «Me tomas el pelo» —exclama— «y te entregas con exceso al placer de fruncir las narices». «¿Habrá alguien que se niegue a merecer el reconocimiento del pueblo, a legarnos, en un estilo digno del aceite de cedro[15], unos poemas que no temen ni a la caballa

[8] Los nobles romanos: la frase es solemnemente declamatoria para ridiculizar un linaje de héroes degenerado. *Titus* era uno de los *praenomina* más antiguos.

[9] La pasión de escribir raja el hígado, sede de los afectos, tal como las raíces del cabrahígo hienden la roca en que está plantado.

[10] Bien peinados y con el cabello intacto. Los adolescentes romanos no se cortaban el pelo. El detalle indica que están en plena edad escolar. Los quirites, a continuación, son genéricamente los ciudadanos romanos.

[11] Protagonistas de poemas que eran abandonadas por sus amantes; de ahí que se prestaran a versos lastimeros y ramplones.

[12] Porque recita muy mal.

[13] Alusión a la costumbre romana de poner sobre las losas funerarias las iniciales S.T.T.L. *(sit tibi terra levis),* como si el peso de la losa o de la tierra oprimiera los restos del difunto.

[14] Los espíritus de los antepasados.

[15] El aceite de cedro se usaba como preservativo contra la polilla.

linquere nec scombros metuentia carmina nec tus?'

quisquis es, o modo quem ex aduerso dicere feci,
non ego cum scribo, si forte quid aptius exit,
quando haec rara auis est, si quid tamen aptius exit,
laudari metuam; neque enim mihi cornea fibra est.
sed recti finemque extremumque esse recuso
'euge' tuum et 'belle.' nam 'belle' hoc excute totum:
quid non intus habet? non hic est Ilias Atti
ebria ueratro? non siqua elegidia crudi
dictarunt proceres? non quidquid denique lectis
scribitur in citreis? calidum scis ponere sumen,
scis comitem horridulum trita donare lacerna,
et 'uerum' inquis 'amo, uerum mihi dicite de me.'
qui pote? uis dicam? nugaris, cum tibi, calue,
pinguis aqualiculus propenso sesquipede extet.
o Iane, a tergo quem nulla ciconia pinsit
nec manus auriculas imitari mobilis albas
nec linguae quantum sitiat canis Apula tantae.
uos, o patricius sanguis, quos uiuere fas est
occipiti caeco, posticae occurrite sannae.

'quis populi sermo est? quis enim nisi carmina molli
nunc demum numero fluere, ut per leue seueros
effundat iunctura unguis? scit tendere uersum
non secus ac si oculo rubricam derigat uno.

ni al incienso[16]?».

¡Oh tú, quienquiera que seas, a quien ahora mismo he movido a hablar contra mí! Sí, cuando escribo me sale, por puro azar, algo un poco aceptable. Pero, ¿cuándo **[45]** ocurre? Es una rara ave; con todo, si me ha salido algo aceptable no me darán miedo las alabanzas, puesto que no soy de piedra[17]. Lo que sí niego es que tu «¡Bravo!», tu «¡Estupendo!» constituyan el término y el colmo de la perfección. Vamos, escudriña algo este «¡Bravo!». ¿De qué carece en su interior? ¿No hay en él la *Ilíada* de Accio **[50]** borracha de adelfa[18]? ¿No hay los poemillas que han dictado los próceres antes de hacer la digestión? ¿Y todo lo que, en fin, se escribe tumbado en lecho de cidrera[19]? Sabes servir caliente la tetilla de cerda, sabes obsequiar con un manto raído a un muerto de frío que es miembro de tu cortejo, y a continuación le espetas: «Quiero la verdad **[55]**, decidme la verdad acerca de mí». ¿Cómo es posible? ¿Quieres que te la diga? Bromeas, pelón, cuando tu barriguilla de puerco[20] forma una prominencia, un colgajo que mide más de un pie. ¡Oh Jano, a quien nunca una cigüeña picoteó por la espalda[21] ni golpeó una mano hábil en remedar las blancas orejas de un asno ni la lengua tan larga como la de una perra sedienta de Apulia! Vosotros, **[60]** los de sangre patricia, que tenéis derecho a vivir con un cogote sin ojos, volveos de pronto a la mueca que os hacen por detrás.

¿Y qué dice el público de todo ello? ¿Pues qué va a decir? Que hoy por fin los poemas fluyen con un ritmo fácil, de manera que sus junturas permiten el paso por una superficie lisa[22] a las uñas más exigentes: «sabe alinear bien el verso, no de otro modo que si dirigiera con **[65]** un solo ojo el cordel rojo[23]. Si hay que hablar contra las costumbres, contra el lujo, contra los banquetes

[16] Expresión proverbial: se usaban envoltorios hechos de membranas que ya no sirvieran para nada.
[17] El sentido es el dado, pero el texto latino exactamente dice: «no tengo fibras de cuerno».
[18] La adelfa o eléboro se tomaba como pócima para estimular la inspiración poética, pero también era remedio contra la locura. De modo que para Persio la *Ilíada* de Accio era obra de un loco presuntuoso.
[19] Divanes dispuestos para que se pudiera escribir cómodamente echado. Eran piezas de lujo.
[20] Era opinión común que los obesos son cortos de alcances. No es imposible aquí un alfilerazo contra Nerón, cuya obesidad era harto conocida.
[21] Porque es un dios bifronte; por consiguiente no se le puede hacer burla por la espalda. El poeta describe tres gestos chocarreros de mofa. El primero consistía probablemente en levantar el brazo y agitar la mano con los dedos estirados y juntos, imitando la curva del cuello de la cigüeña y el movimiento de su pico.
[22] Se comprobaba con las uñas si dos tablas de madera o dos piezas de mármol se ensamblaban tan perfectamente que no se pudiera ni tan siquiera introducir una uña en medio.
[23] Era la plomada, de la que pendía un cordel teñido de bermellón, que dejaba huella.

siue opus in mores, in luxum, in prandia regum
dicere, res grandes nostro dat Musa poetae.'
ecce modo heroas sensus adferre docemus
nugari solitos Graece, nec ponere lucum
artifices nec rus saturum laudare, ubi corbes
et focus et porci et fumosa Palilia feno,
unde Remus sulcoque terens dentalia, Quinti,
cum trepida ante boues dictatorem induit uxor
et tua aratra domum lictor tulit—euge poeta!
'est nunc Brisaei quem uenosus liber Acci,
sunt quos Pacuuiusque et uerrucosa moretur
Antiopa aerumnis cor luctificabile fulta?'
hos pueris monitus patres infundere lippos
cum uideas, quaerisne unde haec sartago loquendi
uenerit in linguas, unde istud dedecus in quo
trossulus exultat tibi per subsellia leuis?
nilne pudet capiti non posse pericula cano
pellere quin tepidum hoc optes audire 'decenter'?
'fur es' ait Pedio. Pedius quid? crimina rasis
librat in antithetis, doctas posuisse figuras
laudatur: 'bellum hoc.' hoc bellum? an, Romule, ceues?

que se echan los reyes, la musa regala con ideas grandiosas a nuestros poetas». Hete aquí que no hace mucho que enseñamos a expresar sentimientos heroicos a los que hasta ahora solían decir fruslerías en griego[24], incapaces de poner un bosque sagrado o de celebrar una heredad productiva **[70]**, en la que se contemplan cestos, la lumbre de un hogar, los cerdos y el heno humeante de las Palillas[25]. De ahí procedieron Remo y tú, Quincio, que desgastabas tu arado en el surco cuando te nombraron dictador, y tu mujer te vistió temblorosa, delante de los bueyes, y fue **[75]** un lictor quien devolvió el arado a tu casa. «¡Bravo, poeta[26]! ¿Es que hoy hay alguien que se entretenga con la obra, demasiado venosa, del báquico Accio[27], con Pacuvio[28] y su *Antíope* llena de verrugas, que apuntala con congojas su corazón enlutado?» Desde que ves que unos padres de ojos legañosos imbuyen estos preceptos a sus hijos, ¿te preguntas de dónde ha venido a las lenguas este estilo de sartén[29], de dónde procede esta ignominia que **[80]** hace exultar a lo largo de los bancos al petimetre calvo? ¿No es una vergüenza que no puedas defenderte de una cabeza cana sin que desees oír aquella tibia exclamación:
«¡Bien dicho!»? «Eres un ladrón», le sueltan a Pedio[30]. Y bien, Pedio, ¿qué es lo que hace? Equilibra los puntos de la acusación con antítesis bien limadas, pues se le alaba **[85]** haber introducido figuras doctas: «¡Qué hermoso es esto!» ¿Esto es hermoso? ¿Acaso te contoneas, Rómulo? ¿Crees que me excitará? Pongamos que el náufrago cante[31]: ¿es que le voy a alargar un

---

24 Se refiere a jóvenes y adolescentes en edad escolar.

25 Era la fiesta que los pastores celebraban en honor de Pales el día veintiuno de abril. En Roma se unían a estas fiestas dos conmemoraciones: la fundación de la ciudad por Rómulo y Remo precisamente en estas fiestas, y la elección de Quincio Cincinato, que estaba arando sus tierras cuando le llegó la noticia de que había sido nombrado dictador.

26 El adversario de Persio cuando oye que éste ataca a los poetas contemporáneos, superficiales y artificiosos, ataca a su vez a los arcaicos.

27 Accio, famoso trágico latino (que no cabe confundir con el poeta citado en la nota 18) de la época republicana, llamado aquí báquico sólo porque la tragedia griega procedía del culto báquico o dionisíaco.

28 Pacuvio, otro poeta trágico aún de edad anterior. Había nacido en Bríndisi. Ambos se caracterizaban por la rudeza del estilo de su lenguaje. La obra más famosa de Pacuvio fue la *Antiopa,* en la que se evocaba el caso de esta heroína, madre de Zeto y de Anfión, perseguida por Dirce.

29 Seguramente quiere decir: estrepitoso y vacío.

30 Pedio Blaso, político de la época de Nerón, que fue condenado a cárcel por concusión. Quizás cultivara la poesía como simple aficionado. En tal caso la acusación de robo vendría doblada por la de plagio.

31 Era algo frecuente que los que se habían arruinado en un naufragio pidieran limosna exhibiendo un cuadro que representaba precisamente el hundimiento de su nave.

men moueat? quippe, et, cantet si naufragus, assem
protulerim? cantas, cum fracta te in trabe pictum
ex umero portes? uerum nec nocte paratum
plorabit qui me uolet incuruasse querella.
'sed numeris decor est et iunctura addita crudis.
cludere sic uersum didicit "Berecyntius Attis"
et "qui caeruleum dirimebat Nerea delphin,"
sic "costam longo subduximus Appennino."
"Arma uirum", nonne hoc spumosum et cortice pingui
ut ramale uetus uegrandi subere coctum?'
quidnam igitur tenerum et laxa ceruice legendum?
'torua Mimalloneis inplerunt cornua bombis,
et raptum uitulo caput ablatura superbo
Bassaris et lyncem Maenas flexura corymbis
euhion ingeminat, reparabilis adsonat echo.'
haec fierent si testiculi uena ulla paterni
uiueret in nobis? summa delumbe saliua
hoc natat in labris et in udo est Maenas et Attis
nec pluteum caedit nec demorsos sapit unguis.
'sed quid opus teneras mordaci radere uero
auriculas? uide sis ne maiorum tibi forte
limina frigescant: sonat hic de nare canina
littera.' per me equidem sint omnia protinus alba;
nil moror. euge omnes, omnes bene, mirae eritis res.
hoc iuuat? 'hic' inquis 'ueto quisquam faxit oletum.'
pinge duos anguis: 'pueri, sacer est locus, extra

as? ¿Canturreas cuando llevas colgada del hombro la imagen de ti en una nave rota? El que quiera que me agache sobre sus lamentos debe de llorar con lágrimas sinceras y no amañadas la noche anterior.

«Pero los versos mal digeridos han ganado en belleza y en armonía. Yo he aprendido a acabar un verso así[32]: *Atis de Berecinto*, y *el delfín que surcaba el azul de Nereo;* otro por el estilo: *le hemos arrancado una costilla al largo Apenino. Las armas y el hombre*, ¿no es un principio espumoso, de corteza gruesa, como una rama añosa ahogada por una costra excesiva de corcho?» «¿Pues qué hay lo bastante tierno y que se deba leer con el cuello torcido lánguidamente?

Esto[33]: *han llenado las trompas feroces con los alaridos de las bacantes, y la Basárida, que se llevará la testa arrancada al soberbio ternero, y la ménade, que dirigirá al lince con guirnaldas de yedra, aclaman: ¡evohé! el eco sonoro les responde.* ¿Pasaría esto si dentro tuviéramos viva la vena más pequeña del testículo de nuestro padre? Esto es lo que sobrenada, deslomado, en la saliva a flor de labio: la ménade y Atis suenan en el vacío, esto no martillea la cabecera del lecho ni sabe a uñas roídas[34].

«¿Pero qué necesidad hay de roer con el mordisco de la verdad los oídos delicados? Míralo, si te place; a lo mejor se te enfrían los umbrales de los palacios: allí aúlla, nasal, la letra canina[35]». Por mí desde ahora todo es blanco; da lo mismo. ¡Todos bien! ¡Todos muy bien! Seréis maravillosos. ¿Os gusta? «Prohíbo» —exclamas— «que aquí hagáis porquerías». Tú pinta dos serpientes[36]. «Chicos, el lugar es sagrado; ¡a mear a otra parte!» Yo me voy. Y, con todo, Lucilio desolló la ciudad, y se ensañó

[32] Persio, por boca de su adversario, cita tres ejemplos de la métrica contemporánea, de rara elegancia y de sonoridad afectada, propia de la poesía entonces en boga, y que recuerda a los poetas alejandrinos. Cita también, desdeñosamente, las dos primeras palabras de la *Eneida* de Virgilio.

[33] El adversario responde a la pregunta del poeta con cuatro versos que propone como modélicos, seguramente extraídos de algún poema en boga, que aluden a una orgía báquica. Su sentido más exacto no se puede precisar.

[34] Es decir, no se trata de un poema trabajado y acabado, obra de un artista consciente.

[35] Versos en los que abunda la consonante r, inicial de la palabra latina *rabies.*

[36] Se pintaban ritualmente dos serpientes en los lugares que se quería preservar de males, principalmente en estelas funerarias. Bruscamente el poeta compara a los grandes personajes con los monumentos protegidos así.

meiite.' discedo. secuit Lucilius urbem,
te Lupe, te Muci, et genuinum fregit in illis.
omne uafer uitium ridenti Flaccus amico
tangit et admissus circum praecordia ludit,
callidus excusso populum suspendere naso.
me muttire nefas? nec clam? nec cum scrobe? nusquam?
hic tamen infodiam. uidi, uidi ipse, libelle:
auriculas asini quis non habet? hoc ego opertum,
hoc ridere meum, tam nil, nulla tibi uendo
Iliade. audaci quicumque adflate Cratino
iratum Eupolidem praegrandi cum sene palles,
aspice et haec, si forte aliquid decoctius audis.
inde uaporata lector mihi ferueat aure,
non hic qui in crepidas Graiorum ludere gestit
sordidus et lusco qui possit dicere 'lusce,'
sese aliquem credens Italo quod honore supinus
fregerit heminas Arreti aedilis iniquas,
nec qui abaco numeros et secto in puluere metas
scit risisse uafer, multum gaudere paratus
si cynico barbam petulans nonaria uellat.
his mane edictum, post prandia Callirhoen do.

contigo, Lupo, y contigo, Mucio; contra aquéllos se partió **[115]** la muela del juicio. Horacio pone maliciosamente el dedo en la llaga a su amigo[37], que se monda de risa, cuando él ha logrado entrar hasta el dintel de su corazón, pues Horacio es diestro en ganarse el público sacudiéndole la nariz[38]. ¿Sólo yo cometeré sacrilegio si susurro una palabra? ¿Incluso en lo secreto, si le hablo a un agujero dondequiera que sea? Sin embargo, aquí voy a enterrar algo, lo he visto con mis propios ojos, librillo mío... ¿quién no **[120]** tiene orejas de burro[39]? Este misterio de mi pensamiento, esta risa mía, esta nadería, no te la vendo por una *Ilíada.* Tú, quienquiera que seas, que has escuchado el bufido del audaz Cratino y has empalidecido ante la ira de Éupolis y ante la del viejo prestigioso[40], no pierdas tampoco de vista lo que sigue: a lo mejor percibirás algo bien cocinado. Que el lector se limpie en ellos las orejas antes de **[125]** quemarse contra mí, que no sea uno de estos paletos que se aprestan a armar jarana acerca de las sandalias de los griegos[41], capaz de llamar «tuerto» a un tuerto, que no sea uno que se cree ser alguien porque, engallado en una magistratura italiana, ha mandado romper, en su calidad de edil[42], alguna medida de líquidos falseada, eso en **[130]** Arezzo. Que no sea tampoco un pillo que sabe reírse de las cifras del ábaco y de los conos trazados en el polvo[43], presto a pasárselo bomba si una mujer descarada le tira, al atardecer, de la barba a un cínico. Para estos tales por la mañana el edicto, y en la sobremesa, Calírroe: éste es mi regalo[44].

---

37 Principalmente en sus *Sátiras* y *Epístolas.*

38 Hoy decimos mejor: dejarle a uno con un palmo de narices.

39 Persio grita su secreto a un agujero, como antaño lo hiciera un siervo del rey Midas para revelar que su señor tenía orejas de asno. Es muy conocido el hecho de que aquí Persio había escrito inicialmente *auriculas asini Mida rex habet,* en una alusión directísima a Nerón, pero al editarlo su maestro Cornuto lo modificó cautamente y le dio el giro actual.

40 Aristófanes, el principal comediógrafo griego. Persio recomienda vivamente la lectura de estos tres autores.

41 El poeta quiere decir: despreciar a los griegos sin saber nada de ellos.

42 Los ediles municipales eran empleados de poca monta, a los que competía el examen, y en su caso la destrucción, de las medidas de líquidos y de áridos que no tuvieran la capacidad legal en su uso destinado al comercio.

43 La sátira concluye con un puyazo contra los que desprecian el saber.

44 La sátira acaba con una frase de interpretación incierta. Parece que Persio recomienda al paleto de que antes habló que se pase la mañana en el Foro, donde se trataba de política y se cerraban negocios, pero donde había también una charlatanería vacua, y que por la tarde asistiera a la representación de una comedia o acudiera a algún recital.

SÁTIRA II

Por la forma esta sátira responde exactamente al tipo horaciano de las epístolas; el tema es profundamente religioso: lo que precisamente los hombres no deben hacer en su relación con los dioses, pedirles algo deshonesto, pedirles algo insensato o pedirles algo incoherente con el género de vida que lleva el solicitante. La primera sería una plegaria impía, la segunda una plegaria vana y la tercera una plegaria contradictoria. Si lo miramos más atentamente, Persio acusa a los hombres de atribuir a los dioses su propia mezquindad y de imaginarles sensibles al lujo y al derroche, cuando ellos lo único que aprecian es la honestidad y la pureza de alma. Se ha notado que en esta sátira recurren bastantes motivos existentes en el diálogo pseudoplatónico *Alcibíades Segundo.* Esta segunda sátira es uno de los monumentos más sólidos de la sabiduría romana, y aunque carece de la amplitud y de la variedad de la décima de Juvenal, la supera en nobleza de espíritu. Gozó de gran estima entre los Padres de la Iglesia Latina, y fue asiduamente leída en las escuelas monacales del medievo europeo.

La viveza de su escritura procede, en parte, del uso diversificado de afirmación, interrogación y plegaria, y también de los niveles distintos de dicción, que producen una cierta estratificación de tonos; pero esto último se nota de manera incomparablemente más clara en la lectura del original latino.



SATVRA II

Hunc, Macrine, diem numera meliore lapillo,
qui tibi labentis apponet candidus annos.
funde merum genio. non tu prece poscis emaci
quae nisi seductis nequeas committere diuis;
at bona pars procerum tacita libabit acerra.
haut cuiuis promptum est murmurque humilisque
susurros tollere de templis et aperto uiuere uoto.
'mens bona, fama, fides', haec clare et ut audiat hospes;
illa sibi introrsum et sub lingua murmurat: 'o si
ebulliat patruus, praeclarum funus!' et 'o si
sub rastro crepet argenti mihi seria dextro
Hercule! pupillumue utinam, quem proximus heres
inpello, expungam; nam et est scabiosus et acri
bile tumet. Nerio iam tertia conditur uxor.'
haec sancte ut poscas, Tiberino in gurgite mergis
mane caput bis terque et noctem flumine purgas.
heus age, responde (minimum est quod scire laboro)
de Ioue quid sentis? estne ut praeponere cures
hunc—cuinam? cuinam? uis Staio? an—scilicet haeres?

SÁTIRA II

Señala, oh Macrino[1], con la piedra más propicia[2] este día que, siempre blanco, añadirá un año a los que se te escurren: viértele vino a tu genio[3]. No pidas con ruego interesado[4] lo que no sabrías confiar a los dioses sin hacer un aparte con ellos[5].

En cambio, una buena parte de los grandes señores hará su ofrenda con incensario sigiloso[6]; no está al alcance de todos desalojar de los templos el murmullo y los bisbiseos a ras de suelo y vivir según unos ruegos declarados. «Buen juicio, reputación, lealtad», esto con voz clara y de modo que el invitado lo perciba. Pero hete aquí lo que el corazón le rezuma en la entraña, por debajo de la lengua: «A ver si mi tío paterno la palma; ya le haremos un entierro por todo lo alto». También: «¡Ojalá crepitara debajo de mi azadón una marmita atiborrada de plata, por un favor de Hércules[7]! ¡Y quién pudiera cancelar de la lista de los herederos a este pupilo[8] que me va por delante, que padece roña y que está abotargado de bilis ácida[9]! Nerio, por su lado, ya sepultó a su tercera mujer[10]». Para santificar tales preces de buena mañana sumerges dos o tres veces tu cabeza en los remolinos del Tíber, y el río purifica tu noche[11]. Ea, veamos, dime —lo que pretendo saber no es casi nada—,

tú, ¿qué piensas de Júpiter? ¿No te parece que hay alguna razón para anteponerlo a...

---

[1] Al amigo Plocio Macrino, de quien el escoliasta o comentarista antiguo alababa la cultura, sólo le está dedicada esta breve introducción. El resto de la sátira está dirigido a la generalidad de los lectores.

[2] Era más frecuente decir «con piedra blanca». E] uso aludido, que se convirtió en proverbial entre los antiguos, era marcar en el calendario los días felices con una piedrecita blanca y los infelices con una negra.

[3] En el día de cumpleaños se ofrecía vino, perfumes y flores, pero no víctimas, al genio tutelar, la divinidad que presidía el nacimiento y acompañaba la vida de cada hombre.

[4] Es decir, no intentes sobornar.

[5] Algunos fieles ofrecían una propina a los celadores de los templos para que les permitieran llegarse hasta la imagen del dios y susurrarle al oído sus demandas.

[6] Ofrecerán sacrificios en secreto.

[7] A protección de Hércules se atribuían los favores inesperados de la fortuna.

[8] Este breve monólogo secreto debe ponerse en boca de algún tutor desleal.

[9] Se trata de un adolescente que debía de padecer roña e ictericia.

[10] Otro caso de uno que ha tenido buena suerte; se trata de un usurero notorio, envidiado aquí porque ha heredado los bienes de sus tres esposas difuntas.

[11] Abluciones rituales que menciona también Juvenal en su *Sátira* VI.

quis potior iudex puerisue quis aptior orbis?
hoc igitur quo tu Iouis aurem inpellere temptas
dic agedum Staio. 'pro Iuppiter, o bone' clamet
'Iuppiter!' at sese non clamet Iuppiter ipse?
ignouisse putas quia, cum tonat, ocius ilex
sulpure discutitur sacro quam tuque domusque?
an quia non fibris ouium Ergennaque iubente
triste iaces lucis euitandumque bidental,
idcirco stolidam praebet tibi uellere barbam
Iuppiter? aut quidnam est qua tu mercede deorum
emeris auriculas? pulmone et lactibus unctis?
    ecce auia aut metuens diuum matertera cunis
exemit puerum frontemque atque uda labella
infami digito et lustralibus ante saliuis
expiat, urentis oculos inhibere perita;
tunc manibus quatit et spem macram supplice uoto
nunc Licini in campos, nunc Crassi mittit in aedis:
'hunc optet generum rex et regina, puellae
hunc rapiant; quidquid calcauerit hic, rosa fiat.'

«¿A quién?» ¿A quién? ¡Hombre, a Estayo![12] [20] ¿Acaso titubeas? ¿Qué juez mejor y más indicado para los casos de niños huérfanos? Pues bien: esto mismo con que intentas ganarte la atención de Júpiter, díselo a Estayo, y él mismo exclamará: «¡Júpiter, buen Júpiter!»[13]. Y aun Júpiter mismo, ¿no se imprecaría él en persona? ¿O piensas que te ha perdonado porque cuando truena el azufre sagrado hiende de inmediato un roble, en vez de hacerlo a ti y a tu casa? Y si todavía no yaces inhumado en [25] los bosques sagrados como en un lugar fulminado por un rayo[14], sitio vitando y execrable, como prescriben las fibras de las ovejas sacrificadas y manda Ergena[15], ¿piensas por ello que Júpiter te ofrecerá estúpidamente su barba para que se la meses? ¿Con qué clase de moneda has podido comprar los oídos de los dioses? ¿Acaso con un pulmón y unos intestinos grasientos[16]? [30]

Mira[17] cómo una abuela o una tía materna llena de supersticiones levanta de su cuna a un niño y con el dedo infame y saliva lustral[18] empieza por purificarle la frente y los húmedos labios, pues es experta en conjuros contra el aojamiento[19]. Luego sacude al lactante con sus manos, [35] y su voto ferviente osa empujar la frágil esperanza hacia los latifundios de Licino[20] y los grandes palacios de Craso: «Que el rey y la reina le deseen como yerno, que las jóvenes se lo arrebaten, que allí donde haya pisado nazcan rosas». Pero yo estos votos, no se los confío a una nodriza.

---

[12] Debe aludirse a Gayo Elio Estayo, juez corrompido e inmoral, contemporáneo de Cicerón, que en un juicio aceptó soborno de la parte demandada y de la demandante, y las engañó a ambas; poco tiempo antes se le había confiado el caso de un pupilo estafado por su tutor; aceptó una fuerte suma de dinero para tratar el caso, que acto seguido abandonó. Todo ello ocurría hacia el año 70 a. C.

[13] Es decir, la cosa es tan grave que el mismo Estayo se escandalizaría.

[14] El lugar en que caía un rayo era considerado maldito, y no se podía pisar, para lo cual se vallaba convenientemente. Si encima el rayo había ocasionado la muerte de alguien, los arúspices examinaban las vísceras de una oveja sacrificada y decidían si el muerto debía ser enterrado allí mismo, en cuyo caso la prohibición de pisar el lugar era doble.

[15] Ergenna es un nombre etrusco probablemente para significar genéricamente a los arúspices.

[16] Eran las partes más apreciadas de las víctimas. La pregunta es irónica: ¿habrías podido comprar a mejor precio?

[17] Cambio de escena: pasamos de las plegarias impías a las sencillamente insensatas.

[18] El *digitus infamis* era el dedo en medio de ambas manos; agitarlo extendido daba a entender prácticas sodomíticas. De todos modos en lenguaje corriente y algo vulgar significaba simplemente el dedo mencionado. Aplicar saliva era una práctica apotropaica que rechazaba daños morales y materiales.

[19] Es la conocida superstición según la cual ciertos males se pueden pegar o transmitir mirándole a uno fijamente.

[20] Las riquezas de Licino, liberto de Augusto, y las de Marco Licinio eran proverbiales. [La nota falta en la edición impresa. Nota del escaneador]

ast ego nutrici non mando uota. negato,
Iuppiter, haec illi, quamuis te albata rogarit.
poscis opem neruis corpusque fidele senectae.
esto age. sed grandes patinae tuccetaque crassa
adnuere his superos uetuere Iouemque morantur.
rem struere exoptas caeso boue Mercuriumque
arcessis fibra: 'da fortunare Penatis,
da pecus et gregibus fetum.' quo, pessime, pacto,
tot tibi cum in flamma iunicum omenta liquescant?
et tamen hic extis et opimo uincere ferto
intendit: 'iam crescit ager, iam crescit ouile,
iam dabitur, iam iam';donec deceptus et exspes
nequiquam fundo suspiret nummus in imo.
si tibi creterras argenti incusaque pingui
auro dona feram, sudes et pectore laeuo
excutiat guttas laetari praetrepidum cor.
hinc illud subiit, auro sacras quod ouato
perducis facies. 'nam fratres inter aenos,
somnia pituita qui purgatissima mittunt,
praecipui sunto sitque illis aurea barba.'
aurum uasa Numae Saturniaque inpulit aera

[40] ¡Niégaselos, Júpiter, aunque te los haga vestida de blanco!»[21]

Pides energía para tus nervios y un cuerpo que no venga a menos con la vejez. De acuerdo: pero aquellos platos opíparos y aquellas pingües salchichas se aprestan siempre a impedir a los dioses escucharte y paralizan la buena voluntad de Júpiter[22].

Sacrificas un buey y pides lograr amasar una fortuna; con entrañas de víctimas invocas a Mercurio[23]: «Hazme **[45]** la gracia de hacer prosperar mi casa, concédeme ganado y rebaños fecundos». ¿Y cómo lo harías, malvado, si haces fundirse en el fuego del altar las tripas de tantas terneras[24]? Él, a pesar de todo, se obstina en superar la circunstancia a fuerza de inmolación de bestias, de ofrecer tortas rellenas[25]: «Ya se incrementan mis tierras, ya prosperan mis hatos, lo conseguiré, sí, sí...» hasta que, con so desilusión y desesperada, una moneda suspira en vano en el fondo de la bolsa.

Si yo te llevase el don de cráteras de plata o de otros objetos recamados ricamente de oro, sudarías y en el lado derecho de tu pecho tu corazón, trepidante de contento, destilaría gotas[26]. De ahí te ha venido la obsesión de aplicar una mano del oro de las ovaciones[27] a la faz de los dioses: «Entre los hermanos de bronce[28] deben ocupar el **[55]** primer lugar aquellos que nos mandan unos sueños libres de constipados[29]: tales dioses tendrán las barbas de oro[30]». El oro quitó ya de en medio los vasos de tierra de Numa y los bronces saturnios[31], y sustituye a las urnas de las vestales y las arcillas etruscas[32]. ¡Oh almas **[60]** agachadas hasta el suelo

---

21 Cuando la plegaria revestía solemnidad especial requería ser efectuada llevando vestidos blancos.

22 Es decir, ya los antiguos eran conscientes de que la sobriedad en el comer y en el beber fomenta la buena salud. Los dioses no podrán hacer nada si atentamos contra ella.

23 En contraposición a Hércules (cf. nota 7), Mercurio era el dios del lucro comercial, y también el protector del ganado.

24 No está muy claro lo que Persio quiere decir, seguramente que el solicitante es una mala persona y que los dioses no atienden a sus ruegos.

25 Las tortas rellenas eran ofrendas típicas a los dioses.

26 Se habla no sin razón de la oscuridad de Persio. Aquí el satírico establece una comparación muy implícita: ¿por el hecho de que tú te alegres si te regalan oro, crees que los dioses van a alegrarse de lo que les ofrezcas tú?

27 Se trata del oro tomado al enemigo, y que el general exhibe en el desfile triunfal de regreso a Roma. Este desfile se efectuaba entre las ovaciones del gentío espectador, de ahí la denominación.

28 Entre los dioses en general, entre sus imágenes fundidas en bronce.

29 Los sueños verídicos, los más claros, no perturbados por los humores corpóreos.

30 Era práctica frecuente sobredorar la barba y la cabeza de las imágenes de los dioses.

31 Vasos de arcilla y arneses de bronce, evocados como símbolo de los tiempos más antiguos del Lacio.

32 Terracotas etruscas y urnas de tierra de que antaño se servían las vestales en los actos de culto.

Vestalisque urnas et Tuscum fictile mutat.
o curuae in terris animae et caelestium inanis,
quid iuuat hoc, templis nostros inmittere mores
et bona dis ex hac scelerata ducere pulpa?
haec sibi corrupto casiam dissoluit oliuo,
haec Calabrum coxit uitiato murice uellus,
haec bacam conchae rasisse et stringere uenas
feruentis massae crudo de puluere iussit.
peccat et haec, peccat, uitio tamen utitur. at uos
dicite, pontifices, in sancto quid facit aurum?
nempe hoc quod Veneri donatae a uirgine pupae.
quin damus id superis, de magna quod dare lance
non possit magni Messalae lippa propago?
conpositum ius fasque animo sanctosque recessus
mentis et incoctum generoso pectus honesto.
haec cedo ut admoueam templis et farre litabo.

y vacías de pensamientos celestiales, ¿de qué aprovecha introducir en los templos nuestros usos y reputar como gratos a los dioses los antojos de nuestra pulpa criminal? Es ella la que nos ha empujado, por su gusto, a estropear el aceite disolviéndole la esencia, y a teñir en caliente la lana de Calabria con la púrpura **[65]** corruptora; es ella la que nos ha impulsado a rascar la perla de su concha, y a sacar de simple polvo venas de metal incandescente[33]. Peca también ella, peca ciertamente, pero por lo menos extrae algún provecho de su perversidad. Decidme, pontífices: ¿para qué sirve el oro en los templos? Para lo mismo, ¿qué duda cabe?, en que aprovechan a Venus las muñecas que le regalan las jovencitas.
[70] Decidámonos a ofrecer a los celestes lo que ni tan siquiera la legañosa progenie del gran Mesala[34] les podría ofrecer en su enorme bandeja: la armonía de las leyes divinas y las humanas en el alma, una íntima pureza de pensamiento y un corazón transido de magnánima honestidad. Séame concedido llevar esto al templo, y rogaré a los dioses con **[75]** un puñado de harina[35].



[33] La primera alusión es a los perfumes, siempre densos y como oleaginosos; la tercera es al proceso de obtención del oro por fusión de la ganga que lo contiene.
[34] Se trata de Lucio Aurelio Cota Mesalino, hijo del célebre orador y general Valerio Mesala Corvino; si el padre fue modelo de virtudes, el hijo lo fue de los peores vicios.
[35] Este lacónico final de la sátira, denso pero contenido, viene subrayado por la humildad de la ofrenda.

SÁTIRA III

La sátira se dirige contra los que tras haber empezado, descuidan el estudio de la filosofía, y ceden al atractivo del ocio y de la pereza, ello sin menoscabo de la presunción e indolencia que evidencian los jóvenes que así se comportan. De modo que a una sátira literaria y a otra religiosa les sigue una tercera moral.

La pieza comienza con una animada escena en la que un amigo, o quizás un pedagogo, reprocha a un joven que se pase prácticamente toda la mañana durmiendo; no se puede malograr esta edad en que se da más fácilmente la formación del hombre según los dictámenes de la filosofía. Es más culpable el que tiene conciencia de su pecado que el vicioso ya insensible debajo de la costra de una culpa inveterada. Resulta necio escudarse en una pretendida ascendencia aristocrática cuando en realidad se vive en la corrupción, y se ahoga la voz de la moral.

El poeta describe graciosamente los ardides de que se valía, en su niñez, para rehuir el estudio, pero su joven interlocutor carece de disculpa, tanto más cuanto que ya tuvo algún trato con la filosofía estoica. Luego la sátira generaliza más su alcance: de la misma manera que hay que atajar el mal en su raíz con los remedios oportunos, así hay que asimilar en su pureza los principios de la filosofía, y desechar la envidia. Debemos vivir según una regla de conducta ética, lo cual accesoriamente nos pondrá al abrigo del materialismo y la ignorancia, simbolizados aquí por un centurión corto de entendederas. También el enfermo que desoye los consejos del médico acaba mal.

Hasta cierto punto la sátira tiene una grandeza que trasciende con mucho su dedicatoria directa a un estudiante holgazán:

¡Sumo padre de los dioses! Te ruego que castigues de este modo a los crueles tiranos cuando la impía pasión infectada de veneno hirviente los revuelve: que vean la virtud y que se pudran por haberla abandonado.

Dejando aparte las respuestas que se les dan, el poeta se plantea los problemas más centrales de cualquier filosofía: el origen del ser, e implícitamente el sentido de la existencia. Por encima de su materialidad, este tema cohesiona la sátira íntegramente. Y hay una interacción entre lo físico y lo moral: la palidez, la hinchazón, la fiebre y el temblor se relacionan con los defectos morales como la glotonería, la cólera, la lujuria. También el temor ofrece síntomas corporales.

Esta sátira incluso en el aspecto formal, es de una rara modernidad por su disposición artística, musical y polícroma, que hace que la leamos con verdadero encanto.



SATVRA III

Nempe haec adsidue. iam clarum mane fenestras
intrat et angustas extendit lumine rimas.
stertimus, indomitum quod despumare Falernum
sufficiat, quinta dum linea tangitur umbra.
'en quid agis? siccas insana canicula messes
iam dudum coquit et patula pecus omne sub ulmo est'
unus ait comitum. uerumne? itan? ocius adsit
huc aliquis. nemon? turgescit uitrea bilis:
findor, ut Arcadiae pecuaria rudere credas.
iam liber et positis bicolor membrana capillis
inque manus chartae nodosaque uenit harundo.
tum querimur crassus calamo quod pendeat umor.
nigra sed infusa uanescit sepia lympha,
dilutas querimur geminet quod fistula guttas.
o miser inque dies ultra miser, hucine rerum
uenimus? a, cur non potius teneroque columbo
et similis regum pueris pappare minutum
poscis et iratus mammae lallare recusas?
an tali studeam calamo? cui uerba? quid istas
succinis ambages? tibi luditur. effluis amens,

SÁTIRA III

«¿Conque siempre a lo mismo[1]? La mañana luminosa nos entra ya por las ventanas y con su luz ensancha las angostas rendijas, pero nosotros continuamos roncando lo suficiente para evaporar el indómito Falerno[2], mientras la sombra toca la línea de la meridiana ya por quinta vez[3] ¡Ea! ¿Qué pretendes lograr? Hace ya rato que la insensata canícula quema las áridas mieses, y todo el rebaño se encuentra al abrigo del ancho follaje del olmedo». Así dice un amigo. «¿De veras? ¿Es así? ¡Pronto, que acuda alguien! ¿No hay nadie? Mi bilis, tersa como el cristal, se hincha. Yo reviento...»[4] de modo que creerías que rebuzna a un tiempo toda la asnería de Arcadia[5].

Están ya en la mano el libro, el pergamino a dos tintas y perfectamente rasado[6], el papiro y la pluma nudosa. Pero entonces nos quejamos de que el líquido[7] es denso y de que nos cuelga del cálamo... si echamos agua el negro de sepia se desvanece. Y nos lamentamos de que la caña suelte de dos en dos las gotas diluidas. ¡Oh desventurado! ¡Más desgraciado cada día que pasa! ¿A tal punto hemos llegado? ¿Por qué no, mejor, te pones a reclamar las papas bien desmenuzadas, como un tierno pichoncillo o un niño de casa rica[8]? ¿Por qué no coges un berrinche y te rebelas ante los arrullos de tu nana? «Yo no puedo escribir con esta pluma». Eso, ¿a quién se lo dices? ¿Por qué repites estas historietas? Eres tú a quien toca jugar.[9] Te pierdes neciamente y caerás en el desprecio general. Una jarra mal cocida o que no tenga la

[1] Un pedagogo, o quizás un compañero de estudios, reprende la pereza de un joven señor, a quien encuentra muy avanzada la mañana durmiendo la borrachera de la noche anterior.

[2] Era un excelente vino de Campania, de alta graduación.

[3] La quinta línea tocada por la sombra proyectada sobre el cuadrante de un reloj de sol por la varilla clavada perpendicularmente a él. La hora indicada eran las once, hora para los romanos del *prandium* o almuerzo.

[4] Estas palabras hay que ponerlas en boca del dormilón sorprendido.

[5] Los asnos de la Arcadia eran famosos en la antigüedad.

[6] Por fin el joven se dispone a hacer algo, pero aún encuentra pretextos para no hacer nada. El pergamino tenía una cara rascada de pelos y pulida, para ejecutar en ella los trabajos; en la cara opuesta se había escrito el correspondiente borrador; esta cara se ofrecía tal cual.

[7] La tinta era negra, y se obtenía principalmente con escamas de sepia trituradas.

[8] Se echa en cara al holgazán al comportarse como un niño muy pequeño.

[9] Metáfora tomada del juego de los dados.

contemnere. sonat uitium percussa, maligne
respondet uiridi non cocta fidelia limo.
udum et molle lutum es, nunc nunc properandus et acri
fingendus sine fine rota. sed rure paterno
est tibi far modicum, purum et sine labe salinum
(quid metuas?) cultrixque foci secura patella.
hoc satis? an deceat pulmonem rumpere uentis
stemmate quod Tusco ramum millesime ducis
censoremue tuum uel quod trabeate salutas?
ad populum phaleras! ego te intus et in cute noui.
non pudet ad morem discincti uiuere Nattae.
sed stupet hic uitio et fibris increuit opimum
pingue, caret culpa, nescit quid perdat, et alto
demersus summa rursus non bullit in unda.
  magne pater diuum, saeuos punire tyrannos
haut alia ratione uelis, cum dira libido
mouerit ingenium feruenti tincta ueneno:
uirtutem uideant intabescantque relicta.
anne magis Siculi gemuerunt aera iuuenci
et magis auratis pendens laquearibus ensis
purpureas subter ceruices terruit, 'imus,

arcilla totalmente seca suena cascada cuando recibe un golpe: revela su defecto en su sonido. Ahora que eres todavía barro húmedo y blando, ahora debes moldearte en el ligero torno, sin pérdidas de tiempo ni interrupciones. Además de las tierras que te legó tu padre tienes una aceptable cosecha de trigo, y no te falta un salero[10] bien pulido y sin **[25]** defectos (¿pues qué debes temer?) y la seguridad de una cacerola que cuidará tu hogar. Y esto te basta. ¿O piensas que has de hincharte a más no poder los pulmones porque ocupas el lugar número mil en un árbol genealógico etrusco[11], o porque, vestido con la trábea y a caballo, puedes saludar al censor de tu distrito[12]? Deja al vulgo estos adornos. Yo te conozco bien por fuera y en tu fuero interno: ¿no te avergüenza vivir como este disoluto que es **[30]** Nata[13]? A él le embrutece el vicio, y en el corazón le ha crecido la grasa. Ya no es consciente de nada, no sabe lo que se pierde, y, hundido en lo más bajo, ya no hace bullir el agua de la superficie[14]. ¡Sumo padre de los dioses! Te ruego que castigues de este modo a los crueles tiranos cuando la impía pasión infectada de un veneno **[35]** hirviente excita su mente: que vean la virtud y que se pudran por haberla abandonado[15]. ¿Es que el bronce del ternero de Sicilia[16] gimió más doloridamente y, ante la espada[17] suspendida del artesonado de oro las nucas adornadas de púrpura no sintieron más temor que el infeliz **[40]** que ha de repetirse a sí mismo: «Vamos, sí, vamos al abismo», y palidece porque su mujer, que está a su lado[18], nada sabe?

---

10 El salero de mesa era considerado por los romanos como símbolo de las cosas indispensables para la vida, y se pasaba como herencia de padres a hijos.
11 Los etruscos tenían a gala la gran antigüedad de sus linajes.
12 En la parada anual de los idus de julio, cuando el censor pasaba revista a los caballeros romanos de su distrito.
13 Nombre de un romano disoluto, seguramente tomado genéricamente, aunque en rigor no se puede excluir que se trate de Pinario Nata, libertino citado por TÁCITO (*Anales* IV 34).
14 Es decir, es incapaz de salirse del barro de la corrupción.
15 Aquí hay que intuir el nexo; el poeta ha caracterizado al hombre caído en el vicio: si se diera cuenta verdaderamente de ello sentiría remordimientos, el más cruel de los suplicios, que es lo que desea Persio a los tiranos.
16 El toro de bronce en el que Fálaris, tirano de Agrigento, hacía quemar vivos a sus enemigos. En realidad los que gemían eran los que quemaban dentro, de modo que aquí hay una hipálage.
17 La conocida espada de Damocles, que el tirano Dionisio de Siracusa hacía pender sobre la cabeza de algún invitado, y que colgaba de un hilo muy tenue.
18 Es por la noche cuando más roe el remordimiento.

imus praecipites' quam si sibi dicat et intus
palleat infelix quod proxima nesciat uxor?
saepe oculos, memini, tangebam paruus oliuo,
grandia si nollem morituri uerba Catonis
discere non sano multum laudanda magistro,
quae pater adductis sudans audiret amicis.
iure; etenim id summum, quid dexter senio ferret,
scire erat in uoto, damnosa canicula quantum
raderet, angustae collo non fallier orcae,
neu quis callidior buxum torquere flagello.
haut tibi inexpertum curuos deprendere mores
quaeque docet sapiens bracatis inlita Medis
porticus, insomnis quibus et detonsa iuuentus
inuigilat siliquis et grandi pasta polenta;
et tibi quae Samios diduxit littera ramos
surgentem dextro monstrauit limite callem.
stertis adhuc laxumque caput conpage soluta
oscitat hesternum dissutis undique malis.
est aliquid quo tendis et in quod derigis arcum?
an passim sequeris coruos testaque lutoque,
securus quo pes ferat, atque ex tempore uiuis?
elleborum frustra, cum iam cutis aegra tumebit,
poscentis uideas; uenienti occurrite morbo,

De niño, recuerdo, me untaba con frecuencia los ojos con aceite[19] cuando no me apetecía dirigir a Catón moribundo **[45]** frases grandilocuentes[20], destinadas a recibir muchas alabanzas de un preceptor no en sus cabales, a ser oídas por mi padre sudoroso acompañado por sus amigos. Porque con razón mi mayor deseo era saber lo que se gana con un buen seis, y también cómo vacía el bolsillo una tirada desafortunada, la del uno, no errar la estrechez **[50]** del ánfora en su embocadura, y ser el más hábil en hacer girar el trompo de boj con la cuerda[21]. Pero tú ya tienes experiencia para captar lo que está mal hecho y de entender los preceptos del sabio Pórtico pintarrajeado con medos en calzones[22]; a tales sabios les atiende, insomne y con la cabeza rapada, una juventud que se alimenta sólo **[55]** de legumbres y de una polenta gruesa. La letra del filósofo de Samos, con sus palos divergentes[23], te ha mostrado el sendero que se encarama a tu derecha. A pesar de todo continúas roncando, y tu cabeza da bandazos: sus junturas se desarticulan y bostezas el vino de anoche con las mandíbulas por ambos lados desencajadas. ¿Apuntas con tu **[60]** arco hacia algún blanco, o bien persigues cuervos por todas partes tirándoles tiestos y fango al buen tuntún, confiado sólo en a dónde te lleven tus pies, y vives al día?

Es inútil —te das cuenta— pedir eléboro cuando la piel ya se hincha, negruzca[24];

atajad el mal de raíz y, ¿qué necesidad habrá

[19] Es decir, fingía padecer de legañas, que se curaban con aceite.

[20] Es decir, hacer ejercicios de elocuencia, aquí recomendando o justificando el suicidio de Catón. Los padres asistían a los ejercicios de sus hijos, e invitaban a sus amigos.

[21] Persio cita aquí tres juegos de niños de su época: los dados, que entre los mayores eran un verdadero juego de azar, las nueces que se tiraban a un ánfora colocada a cierta distancia, y hacer girar la peonza.

[22] En la *Poikile Stoa* o Pórtico Pintado, en Atenas, sede de la filosofía estoica, había pinturas murales del pintor Polignoto, que representaban las victorias de los griegos sobre los medos; éstos últimos llevaban unos calzones muy característicos.

[23] La alusión es a Pitágoras y a su interpretación simbólica de la forma de la letra griega ípsilon (Y), en la que el palo recto significaba la infancia y la adolescencia; luego en el camino de la vida venía una bifurcación; la vía de la derecha era empinada y significaba el bien.

[24] Tomar eléboro curaba de la locura (cf. nota 18 de la *Sátira* I), y también la hidropesía, en creencia de los antiguos.

et quid opus Cratero magnos promittere montis?
discite et, o miseri, causas cognoscite rerum:
quid sumus et quidnam uicturi gignimur, ordo
quis datus, aut metae qua mollis flexus et unde,
quis modus argento, quid fas optare, quid asper
utile nummus habet, patriae carisque propinquis
quantum elargiri deceat, quem te deus esse
iussit et humana qua parte locatus es in re.
disce nec inuideas quod multa fidelia putet
in locuplete penu, defensis pinguibus Vmbris,
et piper et pernae, Marsi monumenta clientis,
maenaque quod prima nondum defecerit orca.
hic aliquis de gente hircosa centurionum
dicat: 'quod sapio satis est mihi. non ego curo
esse quod Arcesilas aerumnosique Solones
obstipo capite et figentes lumine terram,
murmura cum secum et rabiosa silentia rodunt
atque exporrecto trutinantur uerba labello,
aegroti ueteris meditantes somnia, gigni
de nihilo nihilum, in nihilum nil posse reuerti.
hoc est quod palles? cur quis non prandeat hoc est?'
his populus ridet, multumque torosa iuuentus
ingeminat tremulos naso crispante cachinnos.
'inspice, nescio quid trepidat mihi pectus et aegris

de que prometáis el oro y el moro al médico Crátero[25]? Estudiad, infelices, y aprended las **[65]** causas de las cosas: qué somos, para qué vivimos, el lugar que se nos ha asignado, cuál debe ser nuestro punto de partida y cómo hay que girar para dar la vuelta ágilmente a la meta[26], cuál es la medida exacta del dinero, lo que podemos lícitamente desear, para qué puede servir una moneda recién salida de la ceca, lo que hay que dar a la patria y a los bienamados padres, qué nos exige ser la **[70]** divinidad y el sitio que nos ha fijado entre los hombres. Asimila todo esto y no tengas envidia de que muchas jarras, en compañía de pimientos y de jamones, homenaje de un cliente de los Abruzzos, se pudran en la despensa opulenta[27], pago por la defensa de unos umbros obesos[28]; no te concomerás porque la salazón aún no ha disminuido en el borde del barril.

[75] En este punto algún centurión de la clase de los chivos[29] me dirá: «Con mi buen juicio me basta, y no aspiro a ser un Arcesilao o uno de los míseros Solones[30] que, cabizbajos y con la vista que les taladra el suelo van royendo dentro de sus vísceras sus murmullos y su silencio **[80]** rabioso, y alargando los labios sopesan las palabras, meditando los sueños de un viejo enfermo[31], eso es, que nada puede nacer de la nada, que nada puede regresar a la nada... ¿No es esto lo que te hace palidecer? ¿No es esto **[85]** lo que a algunos les quita el apetito?» Estos asuntos hacen reír a la gente, y la juventud nervuda frunce la nariz y suelta la vibrante carcajada.

«Examíname[32], no sé por qué me tiembla el pecho y de la garganta enferma me sale un aliento cansado; visítame, por favor».

---

25 Médico muy célebre contemporáneo de Cicerón.

26 Imagen tomada de las carreras del circo: al llegar a la meta *(spina)* los corredores debían doblarla por su parte exterior y correr hacia el punto de partida.

27 La despensa de un abogado de provincias con éxito profesional se llenaba por los pagos de los clientes, que con frecuencia se hacían en especie.

28 La obesidad de los umbros era proverbial.

29 Es decir, maloliente. Persio era antimilitarista, y ridiculizaba en los soldados su materialismo y su incultura.

30 Arcesilao de Pítane fue un filósofo académico del s. III a. C.; Solón es el legislador ateniense.

31 El aludido es Epicuro, que murió tras una larga enfermedad. Los epicúreos se formulaban las cuestiones propuestas aquí y declaraban no tener respuesta para ellas.

32 Aquí se inicia un diálogo entre un presunto enfermo y un médico. El enfermo se cree curado antes de tiempo; durante la convalecencia se tomaba vino de la mejor clase.

faucibus exsuperat grauis halitus, inspice sodes'
qui dicit medico, iussus requiescere, postquam
tertia conpositas uidit nox currere uenas,
de maiore domo modice sitiente lagoena
lenia loturo sibi Surrentina rogabit.
'heus bone, tu palles.' 'nihil est.' 'uideas tamen istuc,
quidquid id est. surgit tacite tibi lutea pellis.'
'at tu deterius palles, ne sis mihi tutor.
iam pridem hunc sepeli; tu restas.' 'perge, tacebo.'
turgidus hic epulis atque albo uentre lauatur,
gutture sulpureas lente exhalante mefites.
sed tremor inter uina subit calidumque trientem
excutit e manibus, dentes crepuere retecti,
uncta cadunt laxis tunc pulmentaria labris.
hinc tuba, candelae, tandemque beatulus alto
conpositus lecto crassisque lutatus amomis
in portam rigidas calces extendit. at illum
hesterni capite induto subiere Quirites.
'tange, miser, uenas et pone in pectore dextram;
nil calet hic. summosque pedes attinge manusque;
non frigent.' uisa est si forte pecunia, siue
candida uicini subrisit molle puella,
cor tibi rite salit? positum est algente catino
durum holus et populi cribro decussa farina:
temptemus fauces; tenero latet ulcus in ore
putre quod haut deceat plebeia radere beta.
alges, cum excussit membris timor albus aristas;
nunc face supposita feruescit sanguis et ira

El que ha acabado de decir esto al médico y ha recibido la prescripción de guardar cama, si **[90]** después de tres noches nota que su pulso late rítmicamente, mandará a pedir a uno más rico que él vino dulce de Sorrento en un frasco de tamaño mediano, para bebérselo antes del baño. «Amigo, estás pálido»[33]. «No es nada».

«Vete con cuidado, sea lo que sea, poco a poco la piel se te vuelve macilenta». «La tuya lo es más todavía; no **[95]** me hagas de tutor. Hace ya tiempo que enterré al mío; ahora me quedas tú». «Haz lo que te dé la gana; ya me callo». Y he aquí que toma el baño hinchado de comida y con el vientre blancuzco, mientras su gaznate exhala lentamente hálitos pestilentes. Mas cuando bebe le entra un **[100]** temblor que le hace caer de las manos la copa caliente, se le ven rechinar los dientes y por los labios lacios le sale la comida llena de babas. Luego suena la trompeta, se encienden las candelas y, en fin, nuestro señorito, bien compuesto en el elevado lecho y empapado de ungüentos **[105]** los aceitosos extiende sus pies rígidos hacia la puerta, y los que desde ayer son quirites[34] se cubren la cabeza y se llevan el cadáver.

«Tómame el pulso, desgraciado, aplícame la mano sobre el pecho: nada de fiebre; tócame las puntas de las manos o de los pies: no las tengo frías»[35]. Pero si tu ojo se clava en el dinero o la bella amante del vecino te sonríe insinuándose, ¿a ti el corazón te seguirá latiendo normalmente? Te han servido una verdura vulgar en un plato **[110]** frío y un pan de harina cernida con el cedazo de la plebe: veamos tus tragaderas. En tu boca delicada se esconderá una llaguita fétida, que no debe ser rascada por una acelga vulgar[36]. Sientes escalofríos cuando un pálido miedo **[115]** eriza en tus miembros las puntas de tus pelos;

otras veces, como si te hubieran rozado con una antorcha, te hierve la sangre y los ojos te

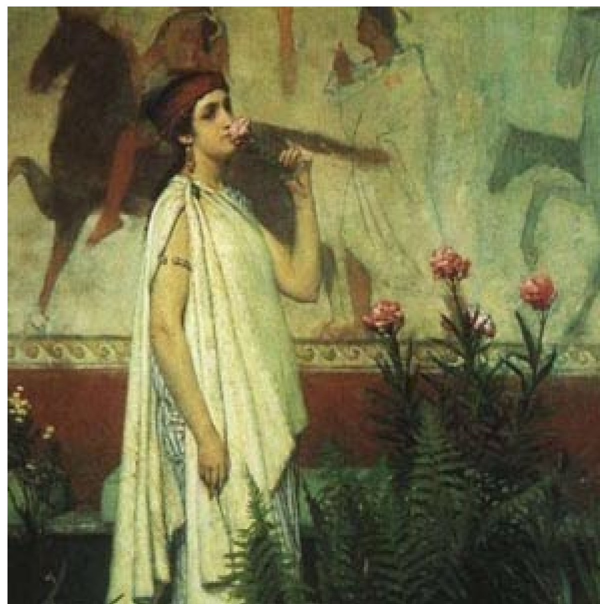
[33] Segunda intervención del mismo médico. Luego, sin solución de continuidad ya se describe el entierro.
[34] Esclavos a los que el dueño, muerto el día anterior, concedió la libertad en su testamento.
[35] La sátira concluye con una variación del motivo anterior: ahora se ve la reacción del paciente, o de cualquier persona, ante una emoción fuerte e inesperada. Tener frías las pumas de las manos o de los pies era tenido por señal de muerte inmediata.
[36] El afectado finge tener una llaga en la boca.

scintillant oculi, dicisque facisque quod ipse

non sani esse hominis non sanus iuret Orestes.

chisporrotean iracundos. Y dices y haces cosas que el mismo Orestes[37] juraría que son propias de un loco.





[37] Orestes, enloquecido por las Furias o Erinias por haber dado muerte a su madre.

SÁTIRA IV

El tema de esta sátira es el antiguo refrán: «conócete a ti mismo». Persio pone en escena a Sócrates, que reprocha al joven Alcibíades que se dedique a la política sin tener para ello la madurez y el buen juicio debidos. Este principio de la sátira se inspira en el diálogo platónico *Alcibíades 1*. Pero ello es sólo una motivación muy accidental: la *Sátira* IV de Persio es en toda su extensión una lección político-moral contra el vicio, común a todas las épocas, de lanzarse temerariamente a la vida pública y a las empresas más arriesgadas sin la debida preparación. Entrada la sátira, el poeta pasa a reprochar sucesivamente el vicio común de considerar siempre los defectos del prójimo (como la avaricia y la sodomía) y el de no descender al conocimiento profundo de nosotros mismos. No examinamos nuestra alma; el rigor crítico se ejerce únicamente en vista al mundo que nos rodea. De modo que a lo largo de la pieza la amonestación se generaliza, y la sátira se dirige claramente al conjunto de la juventud romana. La teoría se ejemplifica con dos anécdotas vivamente dialogadas: la de dos individuos que dejan de vuelta y media a un tal Vetidio, y la de un vecino que nos da maliciosamente con el codo para señalarnos las costumbres infames de un homosexual.

Aunque empieza con fuerza, hay que decir que esta sátira a lo largo de su composición languidece, y es una de las piezas más flojas de Persio. En efecto: la figura del demagogo Alcibíades tenía poca aplicación en la Roma imperial. La introducción del afeminado viene poco motivada por el contenido, y el paralelismo entre el trasfondo político griego de la primera parte de la sátira y el trasfondo social romano de la segunda mitad no tienen nada que ver entre sí. Esta incoherencia resta vigor y sentido a la intencionalidad directa del autor.



SATVRA IV

'Rem populi tractas?' (barbatum haec crede magistrum
dicere, sorbitio tollit quem dira cicutae)
'quo fretus? dic hoc, magni pupille Pericli.
scilicet ingenium et rerum prudentia uelox
ante pilos uenit, dicenda tacendaue calles.
ergo ubi commota feruet plebecula bile,
fert animus calidae fecisse silentia turbae
maiestate manus. quid deinde loquere? "Quirites,
hoc puta non iustum est, illud male, rectius illud."
scis etenim iustum gemina suspendere lance
ancipitis librae, rectum discernis ubi inter
curua subit uel cum fallit pede regula uaro,
et potis es nigrum uitio praefigere theta.
quin tu igitur summa nequiquam pelle decorus
ante diem blando caudam iactare popello
desinis, Anticyras melior sorbere meracas?
quae tibi summa boni est? uncta uixisse patella
semper et adsiduo curata cuticula sole?
expecta, haut aliud respondeat haec anus. i nunc,
"Dinomaches ego sum" suffla, "sum candidus." esto,
dum ne deterius sapiat pannucia Baucis,

SÁTIRA IV

«¿Te quieres dedicar a la política?» —imagina que te habla así el maestro barbudo a quien se llevó el terrible trago de cicuta— «¿en qué confías? Respóndeme, pupilo del gran Pericles[1]. Sin duda has adquirido muy pronto, antes de que te apunte la barba, ingenio y experiencia de las cosas, y sabes aquello de lo que se puede hablar y lo que se debe de callar. Por eso cuando a la morralla se le inflama la bilis y organiza un tumulto, tú estás en situación de imponer silencio con un amplio gesto de tu mano a la masa soliviantada. Bueno, ¿qué le dirás? «Quirites[2], esto (por ejemplo) no es justo, aquello es malo, lo de más allá es más honrado.» De hecho, sabes pesar lo justo en los dos platos de la balanza incierta, sabes discernir la línea recta incluso cuando se insinúa entre las curvas, cuando una regla de pie algo torcido podría llamarnos a engaño, y estás en situación de señalar como infame el vicio y de pegarle el negro signo[3] de la condena. En tal caso, ¿por qué no dejas, ya que tienes sólo la inútil belleza del cuerpo, de menear la cola[4] antes de tiempo frente al vulgo que te adula, cuando lo mejor sería que sorbieras puro el eléboro[5] de las tres Antíciras? ¿Cuál es para ti el colmo de la felicidad? ¿Tener siempre una buena cocina y una piel cuidada con continuos baños de sol[6]? Mira, esta pobre vieja[7] no dice otra cosa. ¡Ea, pues, vete soplando: «soy el hijo de Dinómaca[8], y soy blanco». Da lo mismo, mientras no sea menos sensata la harapienta Baucis[9] cuando le grita al esclavo descamisado: ¡Albahaca!

¡Qué gran verdad es que nadie intenta

[1] Es Sócrates que se dirige a Alcibíades. El principio de esta sátira está inspirado en el diálogo platónico *Alcibíades* 1

[2] Aquí la sátira pasa a ser plenamente romana.

[3] Es la letra griega zeda, (Θ), inicial de la palabra griega *thánatos,* muerte.

[4] Como un perro, o quizás como un pavo.

[5] Cf. las notas 18 de la *Sátira* 1 y 24 de la *Sátira* III. En Grecia había tres ciudades llamadas Antícira, y en las tres se producía eléboro, por lo que aquí la expresión significa «todo el eléboro del mundo».

[6] Los romanos acostumbraban a tomar el sol en unos lugares determinados *(solaria);* previamente se ungían el cuerpo con aceite.

[7] Como haciendo un gesto señalando una mujer anciana que pasa.

[8] Cita el nombre de la madre de Alcibíades, descendiente de los alcmeónidas.

[9] Era una vendedora ambulante de hierbas aromáticas.

cum bene discincto cantauerit ocima uernae.'
ut nemo in sese temptat descendere, nemo,
sed praecedenti spectatur mantica tergo!
quaesieris 'nostin Vettidi praedia?' 'cuius?'
'diues arat Curibus quantum non miluus errat.'
'hunc ais, hunc dis iratis genioque sinistro,
qui, quandoque iugum pertusa ad compita figit,
seriolae ueterem metuens deradere limum
ingemit "hoc bene sit" tunicatum cum sale mordens
cepe et farratam pueris plaudentibus ollam
pannosam faecem morientis sorbet aceti?'
at si unctus cesses et figas in cute solem,
est prope te ignotus cubito qui tangat et acre
despuat: 'hi mores! penemque arcanaque lumbi
runcantem populo marcentis pandere uuluas.
tum, cum maxillis balanatum gausape pectas,
inguinibus quare detonsus gurgulio extat?
quinque palaestritae licet haec plantaria uellant
elixasque nates labefactent forcipe adunca,
non tamen ista filix ullo mansuescit aratro.'
caedimus inque uicem praebemus crura sagittis.
uiuitur hoc pacto, sic nouimus. ilia subter
caecum uulnus habes, sed lato balteus auro
praetegit. ut mauis, da uerba et decipe neruos,
si potes. 'egregium cum me uicinia dicat,

descender al fondo de sí mismo; nadie, pero todo el mundo se fija en la alforja del que le va delante[10]! Supongamos que preguntas: «¿Tienes idea de las posesiones de Vetidio?» «¿De **[25]** quién?» «De aquel ricachón que en Curas[11] tiene tantas tierras que no las sobrevolaría un milano». «¿Te refieres a aquél odiado por los dioses y enemigo de su genio, que cada vez que debe colgar un yugo en los arcos de las encrucijadas[12] vacila temeroso de quitar el polvo viejo de una jarra de vino, y masculla: "¡Buen provecho!" cuando **[30]** mordisquea, sazonada con sal, una cebolla sin pelar al tiempo que los esclavos lo celebran junto a una olla de gachas[13] y él sorbe el poso harapiento de un vinagre casi echado a perder?». Pero si después de haberte ungido con aceite haraganeas bajo los tiros del sol, a tu lado hay un desconocido que te atiza un codazo y te escupe su acrimonia: «¡Vaya moda la de escardarse el carajo y lo más secreto del cuerpo para abrir a la gente las mustias fosas! **[35]** Si te peinas con cuidado la lana perfumada de tus mejillas, ¿por qué en tu ingle tu miembro emerge sin pelo? Aunque cinco mancebos de la palestra[14] intenten arrancar esta vegetación y torturen con pinzas ganchudas tus nalgas reblandecidas, no hay arado capaz de domar estos **[40]** helechos».

Nosotros herimos las piernas con flechas y a la vez exponemos las nuestras a ellas. Así es la vida, ya se sabe. Padeces debajo de los sobacos una herida secreta, pero el oro de tu ancho tahalí la disimula. Cuanto más te quieras date por satisfecho con historias y engaña a tus nervios, eso si lo logras[15]. «Cuando el vecindario me trata **[45]** de hombre excepcional, ¿no voy a creerlo?».

---

[10] Persio imagina, variando ligeramente la fábula tradicional de las dos alforjas (se lleva una delante con los vicios ajenos y otra en la espalda con los propios), que todos los hombres llevamos una sola alforja en la espalda, con nuestros propios defectos. Por eso sólo vemos los ajenos.

[11] Curas, ciudad natal de Numa Pompilio, era una población de la Sabina; Vetidio es el nombre de algún terrateniente.

[12] En las fiestas *Compitalia*, dedicadas a los dioses de las encrucijadas, los agricultores colgaban aperos de labranza, principalmente yugos, en los templetes que aquellos dioses en ellas tenían, y celebraban *in situ* banquetes copiosos, pero no este Vetidio, que se limita a comerse una cebolla, y a beber un vino de mala calidad.

[13] Era su pobre comida ordinaria.

[14] Especialistas en depilación.

[15] Pero no lograrás que tu sistema nervioso no advierta los achaques que puedes ocultar a los demás.

non credam?' uiso si palles, inprobe, nummo,
si facis in penem quidquid tibi uenit, amarum
si puteal multa cautus uibice flagellas,
nequiquam populo bibulas donaueris aures.
respue quod non es; tollat sua munera cerdo.
tecum habita: noris quam sit tibi curta supellex.

Si ante una moneda, sinvergüenza, palideces, si le haces a tu verga todo lo que se te ocurre, si azotas cautamente el brocal amargo[16] con numerosos moratones, en vano abrirás al **[50]** público tus orejas sedientas. Aleja de ti lo que no eres, devuelve a los baratilleros sus presentes. Mora en ti mismo: verás lo reducido de tu ajuar[17].



[16] Expresión algo enigmática. El *puteal Libonis* (o sea, el recinto construido por Escribonio Libón para aislar un lugar fulminado por un rayo) era un lugar del Foro Romano, junto al cual había un pozo, en el que se reunían traficantes y usureros, por lo que aquí parece decirse que la persona que tú crees ilustre acostumbra a azotar a sus clientes junto al pozo de Libón, es decir, junto a este pozo presta dinero a interés enorme.

[17] Es decir, tus cualidades personales.

SÁTIRA V

Como la segunda sátira, también ésta reviste forma de epístola, que Persio dirige a su maestro en filosofía estoica, Cornuto. El tema de la pieza es uno de los centrales en toda la filosofía antigua, el de la verdadera libertad; una libertad que no es la libertad política y social de que goza el ciudadano romano, esto es, la simple negación de la esclavitud, sino la libertad frente a las pasiones que esclavizan el alma y que permite al hombre vivir según su más fundamental esencia. Maravilla ver cómo en la versión de la moral estoica dada por Persio se dan profundos contactos con los planteamientos de la moral cristiana que precisamente durante su vida empezaba a propagarse por todos los ámbitos del mundo grecorromano.

La sátira tiene claramente dos partes perfectamente trabadas. La primera arranca con un tema típico de los estoicos, la gratitud. Aquí el tono es deliberadamente oratorio. Persio agradece a su maestro la formación que le ha dado, que se ha convertido en una amistad entrañable. En el mismo contexto se declara la variedad de las profesiones de los hombres, de las cuales Cornuto eligió la más noble: la formación y educación de la juventud.

La segunda parte desarrolla en profundidad el tema ya indicado, la distinción entre la libertad legal y la libertad moral. El poeta muestra cómo la avaricia, el sexo, la ambición y la superstición son formas de esclavitud. El hombre verdaderamente libre es el que logra superar estas pasiones y alcanza a vivir según la noción objetiva de la virtud. En una sarcástica coda, en laque emerge otra vez el antimilitarismo de Persio, el centurión zafio e ignorante que es Palfurio declara que no daría ni un as por un filósofo griego.

La sátira tiene un vivo movimiento teatral recogido del griego Menandro, y en su dicción latina mezcla con efectividad un lenguaje coloquial con expresiones afectadas y muy técnicas, lo que otorga a esta quinta sátira de Persio una fisonomía muy peculiar no sólo entre la totalidad de su obra, sino incluso en el panorama de la poesía latina del siglo I de nuestra Era.



SATVRA V

Vatibus hic mos est, centum sibi poscere uoces,
centum ora et linguas optare in carmina centum,
fabula seu maesto ponatur hianda tragoedo,
uolnera seu Parthi ducentis ab inguine ferrum.
'quorsum haec? aut quantas robusti carminis offas
ingeris, ut par sit centeno gutture niti?
grande locuturi nebulas Helicone legunto,
si quibus aut Procnes aut si quibus olla Thyestae
feruebit saepe insulso cenanda Glyconi.
tu neque anhelanti, coquitur dum massa camino,
folle premis uentos nec clauso murmure raucus
nescio quid tecum graue cornicaris inepte
nec scloppo tumidas intendis rumpere buccas.
uerba togae sequeris iunctura callidus acri,
ore teres modico, pallentis radere mores
doctus et ingenuo culpam defigere ludo.
hinc trahe quae dicis mensasque relinque Mycenis
cum capite et pedibus plebeiaque prandia noris.'

SÁTIRA V

Es habitual en los poetas el reclamar cien voces, el desear para sus poemas cien bocas y cien lenguas[1], si ponen por escrito tanto un drama[2] destinado a hacer abrir ampliamente la boca a un trágico lúgubre como las heridas del parto que se arranca el hierro de la ingle. «¿Qué pretendes **[5]** con esto?[3] ¿Cuántas albóndigas de robusta poesía ingieres para que encuentres adecuado disponer de cien gargantas? Que los que se enfrentan con temas grandiosos recojan nieblas en la cumbre del Helicón[4]; son los que hacen hervir la olla de Procne o la de Tiestes[5], de la cual **[10]** cenará con frecuencia el insípido Glicón[6]. Pero tú no oprimes los vientos con el fuelle jadeante mientras la masa de metal se funde en la hornaza, no graznas estúpidamente en tus adentros mascullando en voz baja algunas frases solemnes, y no piensas hacer estallar neciamente con un reventón tus carrillos hinchados de aire[7]. Usas el lenguaje llano de la toga,[8] experto en duras combinaciones, redondeando moderadamente tu boca[9], experto en raer las costumbres enfermas que hacen palidecer de sonrojo, y en **[15]** cazar la falta en un juego de hombre libre. Extrae de ahí tus argumentos y deja para Micenas[10] los festines en los que se sirven cabezas y pies; conoce sólo las comidas normales».

Ciertamente no me afano para que se me

---

1 Son expresiones que reflejan, exagerándola, una frase homérica (*Ilíada* 11 489) en que el poeta pide para sí sólo diez lenguas y diez bocas.
2 Puede ser tanto una comedia como una tragedia.
3 Primera intervención de Cornuto, el preceptor de Persio.
4 Estas palabras de Cornuto son un anticipo de la polémica de los coliambos contra los poetas grandilocuentes y vacuos. El monte Helicón era una de las residencias habituales de las Musas.
5 Expresión muy eficaz para indicar argumentos de tragedia gastados y truculentos, por ejemplo servir en banquetes carne humana; es el caso de Procne, que para vengarse sirvió a su marido Teseo a su hijo Iris (argumento de tragedias de Livio Andrónico, de Accio y de un tal Fausto, del s. I a. C.), o el de Atreo, que sirvió a su hermano Tiestes la carne de sus hijos Tántalo y Plístenes (argumento de las tragedias de Enio, de Vario, de Séneca y de Curiacio Materno).
6 El actor trágico que iba a representar las piezas teatrales.
7 Persio integra en tres imágenes su única visión de la poesía grandilocuente y vacua.
8 El lenguaje coloquial. Persio ve con profundidad el problema de la justeza de la lengua.
9 Quiere decir: rehuyendo toda afectación.
10 En esta ciudad aquea de la costa oriental del Peloponeso tuvo lugar la trágica cena de Tiestes.

non equidem hoc studeo, pullatis ut mihi nugis
pagina turgescat dare pondus idonea fumo.
secrete loquimur. tibi nunc hortante Camena
excutienda damus praecordia, quantaque nostrae
pars tua sit, Cornute, animae, tibi, dulcis amice,
ostendisse iuuat. pulsa, dinoscere cautus
quid solidum crepet et pictae tectoria linguae.
hic ego centenas ausim deposcere fauces,
ut quantum mihi te sinuoso in pectore fixi
uoce traham pura, totumque hoc uerba resignent
quod latet arcana non enarrabile fibra.

cum primum pauido custos mihi purpura cessit
bullaque subcinctis Laribus donata pependit,
cum blandi comites totaque inpune Subura
permisit sparsisse oculos iam candidus umbo,
cumque iter ambiguum est et uitae nescius error
diducit trepidas ramosa in compita mentes,
me tibi supposui. teneros tu suscipis annos
Socratico, Cornute, sinu. tum fallere sollers
adposita intortos extendit regula mores
et premitur ratione animus uincique laborat
artificemque tuo ducit sub pollice uoltum.
tecum etenim longos memini consumere soles
et tecum primas epulis decerpere noctes.

hinche de nimiedades enlutadas una página capaz de dar peso incluso **[20]** al humo[11]. Hablamos en la intimidad. Y ahora —la Musa me invita a ello— quiero que escrutes mi corazón, y me place mostrarte qué gran parte de mi alma, dulce amigo Cornuto, te pertenece[12]. Golpea, tú que sabes distinguir lo que suena a macizo del estuco de una lengua **[25]** pintada[13]. Por eso me atrevo a reclamar cien bocas, para que la gran semblanza que de ti tengo grabada en los pliegues de mi alma, logre hacerla aflorar mi voz sincera, y para que las palabras desvelen todo cuanto, inefable, se esconde en mis fibras secretas.

Así que, no sin cierta congoja, me vi libre de la salvaguarda de la púrpura[14], y mi bula quedó colgada como **[30]** ofrenda a los lares de túnica recogida[15], cuando mis obsequiosos compañeros y el haz de dobleces de mi toga, ya entonces blanco, me permitieron esparcir impunemente mis miradas por toda la Subura[16], cuando el camino se bifurca y la inexperiencia que descarría nuestra vida se lleva los espíritus trepidantes hacia las encrucijadas de muchos ramales, entonces yo me reservé para ti; tú acoges **[35]** mis tiernos años, Cornuto, sobre tu pecho socrático[17]. Entonces la regla, hábil en el engaño, hábil en confundir, endereza, bien aplicada, costumbres torcidas, mi alma siente encima el peso de la razón, se afana en dejarse vencer, y por tu dedo pulgar va tomando figura de obra de arte.

En efecto: recuerdo que pasaba contigo largas jornadas, **[40]** contigo dedicaba a los festines sólo las primeras horas de la noche.

---

11 Persio quiere decir que se deben evitar los argumentos incoherentes o absurdos.

12 Porque tú la formaste y educaste.

13 La imagen es violenta, y sólo por los comentaristas de la antigüedad alcanzamos a ver su referencia, que es al uso de golpear con los nudillos de los dedos las paredes para ver si eran de mármol o bien sólo de ladrillos recubiertos por una capa de él. Golpea mi pecho, viene a decir el poeta, para comprobar si es sincero o no. En el fondo aquí hay una contraposición de realidad y apariencia.

14 A los dieciséis años se dejaba la *toga praetexta* listada de púrpura para vestir la *toga virilis,* que era blanca.

15 La toga viril se imponía en una ceremonia religiosa en la que los adolescentes colgaban la bula, o distintivo a manera de medalla que hasta entonces habían llevado colgada al cuello, de las imágenes de los dioses lares, representados con la túnica recogida hasta la rodilla. Si se trataba de familias pudientes la bula era de oro.

16 Barrio de Roma habitado por agentes de condición muy baja, y que tenía mala reputación. No era lugar muy apto para que pasearan por él adolescentes.

17 Es decir, lleno de afecto hacia sus discípulos. Pero tal afecto socrático no se veía muy libre de sospechas.

unum opus et requiem pariter disponimus ambo
atque uerecunda laxamus seria mensa.
non equidem hoc dubites, amborum foedere certo
consentire dies et ab uno sidere duci.
nostra uel aequali suspendit tempora Libra
Parca tenax ueri, seu nata fidelibus hora
diuidit in Geminos concordia fata duorum
Saturnumque grauem nostro Ioue frangimus una,
nescio quod certe est quod me tibi temperat astrum.
   mille hominum species et rerum discolor usus;
uelle suum cuique est nec uoto uiuitur uno.
mercibus hic Italis mutat sub sole recenti
rugosum piper et pallentis grana cumini,
hic satur inriguo mauult turgescere somno,
hic campo indulget, hunc alea decoquit, ille
in uenerem putris; sed cum lapidosa cheragra
fregerit articulos ueteris ramalia fagi,
tunc crassos transisse dies lucemque palustrem
et sibi iam seri uitam ingemuere relictam.
at te nocturnis iuuat inpallescere chartis;
cultor enim iuuenum purgatas inseris aures
fruge Cleanthea. petite hinc, puerique senesque,
finem animo certum miserisque uiatica canis.
'cras hoc fiet.' idem cras fiat. 'quid? quasi magnum

Los dos cual si fuéramos uno disponemos el quehacer y el reposo y relajamos los asuntos serios en una comida discreta. Seguramente no dudarías que los días tuyos y los míos concuerdan según una ley fija y proceden de un mismo astro[18]: o bien la Parca, fiel a un destino verdadero, ha suspendido el tiempo de nuestras vidas en la balanza equilibrada, o bien la hora natal, propicia a los amigos, ha dividido entre los Mellizos nuestros dos destinos armónicos, y, gracias a nuestro Júpiter, rompemos a la vez la influencia maléfica de Saturno[19]; sin duda hay una estrella, no sé cual[20], que me pone de acuerdo contigo.

Infinitas son las especies de los hombres[21], y su vida es variopinta; cada cual tiene su voluntad, y no se vive con un único anhelo. Éste trueca allí donde sale el sol mercancías itálicas por arrugados pimientos y granos de amarillo[22] comino; otro prefiere, en su hartura, hincharse del sueño que le riega los miembros, uno siente debilidad por el campo de Marte[23], otro se arruina con los dados, un tercero se derrite por Venus, pero cuando la podagra pedregosa les ha convertido las articulaciones en troncos de haya añosa, entonces gimen porque han pasado sus días espesos a la luz de una ciénaga[24], y, ya demasiado tarde, por la vida que les ha abandonado. En cambio, a ti te gusta palidecer de noche encima de los papeles; de hecho frecuentas a los jóvenes y siembras en sus oídos bien purgados las mieses de Cleantes[25]. Venid aquí a buscar, niños y ancianos, un fin determinado para vuestra alma y un viático para la infeliz vejez. «Esto se hará mañana»[26]. Pero mañana dirás lo mismo. «¿A qué viene esto?

[18] Según la astrología antigua los que habían nacido bajo la misma constelación tenían gustos y tendencias afines. Aquí no queda claro si Persio y Cornuto habían nacido bajo el signo de Libra o bajo el de Géminis.
[19] El planeta Saturno, alejado del sol, era frío y maléfico; Júpiter era beneficioso. En la creencia popular los astros buenos neutralizaban la influencia de los malos.
[20] Pero Persio no cree demasiado en astrología. En ello hay influencia de la filosofía estoica.
[21] El poeta abandona las confidencias personales y pasa a describir las ocupaciones de los hombres.
[22] El comino es una umbelífera de la que se extraía un aceite muy amarillo. El poeta enumera productos de Italia que se intercambiaban con los de otros países, principalmente a través del puerto de Alejandría.
[23] Donde se practicaba el deporte.
[24] Metáfora audaz, pero exacta, para indicar que se ha pasado una vida encharcada en el vicio.
[25] Los principios de la filosofía estoica. Cleantes fue un estoico del s. III a. C.
[26] Súbita intervención de un interlocutor anónimo.

nempe diem donas!' sed cum lux altera uenit,
iam cras hesternum consumpsimus; ecce aliud cras
egerit hos annos et semper paulum erit ultra.
nam quamuis prope te, quamuis temone sub uno
uertentem sese frustra sectabere canthum,
cum rota posterior curras et in axe secundo.
libertate opus est. non hac, ut quisque Velina
Publius emeruit, scabiosum tesserula far
possidet. heu steriles ueri, quibus una Quiritem
uertigo facit! hic Dama est non tresis agaso,
uappa lippus et in tenui farragine mendax.
uerterit hunc dominus, momento turbinis exit
Marcus Dama. papae! Marco spondente recusas
credere tu nummos? Marco sub iudice palles?
Marcus dixit, ita est. adsigna, Marce, tabellas.
haec mera libertas, hoc nobis pillea donant.
'an quisquam est alius liber, nisi ducere uitam
cui licet ut libuit? licet ut uolo uiuere, non sum
liberior Bruto?' 'mendose colligis' inquit
Stoicus hic aurem mordaci lotus aceto,
'hoc relicum accipio, "licet" illud et "ut uolo" tolle.'
'uindicta postquam meus a praetore recessi,
cur mihi non liceat, iussit quodcumque uoluntas,

¿Te parece excesivo concederme un día más?». Pero cuando ha llegado el día siguiente ya hemos consumido el mañana de ayer, y hete aquí otro «mañana» que agota estos años; siempre tendremos por delante algo de tiempo. Porque si corres en el eje posterior como la rueda trasera, intentarás en vano alcanzar la que gira delante, por muy próxima que esté, bajo el mismo timón.

Necesitamos libertad[27], pero no aquella por la que todos los Publios inscritos en la tribu Velina[28] cuando han sido licenciados del servicio tienen derecho, por una mísera ficha, a ser dueños de un trigo sarnoso. ¡Oh estériles para la verdad, que creéis que un giro sobre sí mismo crea un Quirite[29]! Este Damas[30] es un palafrenero que no vale tres reales, legañoso a fuerza de borracheras y falsario incluso en el magro pienso que les echa a sus jamelgos: que su dueño le haga darse la vuelta, ¡y hete ahí a Marco Damas! ¡Caramba! Marco da garantías, ¿te niegas a prestarle tus dineros? Marco actúa como juez, ¿tú te pones pálido? Marco lo ha dicho, es así, ¡firma el contrato, Marco![31] Ahí tienes la libertad pura: ahí tienes la que las gorras[32] nos otorgan. «¿Es que el hombre libre no es aquel que puede pasar la vida como quiera? Puedo vivir a mi aire: ¿no soy más libre que Bruto?»[33]. «Tu deducción es falsa», responde este estoico que se limpia las orejas con vinagre mordaz [34]; «acepto el resto, pero tú suprime este «puedo» y aquel «como quieras»». «Después de haberme despedido del pretor soy dueño de mi persona gracias al golpe de vara;

¿por qué no me va a ser permitido hacer todo

[27] Aquí empieza la segunda parte de la sátira, dedicada a investigar qué es la libertad verdadera.

[28] El esclavo manumitido recibía un nombre de pila (*praenomen,* aquí Publio), conservando el nombre que había tenido de esclavo. Quedaba adscrito a una de las tribus en que se dividían los ciudadanos romanos (aquí la tribu Velina). Ello le daba derecho a participar de las distribuciones gratuitas de trigo exhibiendo la tésera o cédula que le acreditaba como ciudadano romano.

[29] Es una descripción, no exenta de su punto de grotesco, de la ceremonia con la que se otorgaba la libertad a un esclavo. En presencia del pretor un lictor golpeaba ligeramente al esclavo con una vara, luego el dueño le tomaba de la mano y le hacía dar una vuelta sobre si mismo. Cf. la nota 10 de la *Sátira* 1.

[30] Nombre casi genérico de esclavo. A continuación se indica su nuevo nombre y se le cita sólo por él.

[31] El poeta indica tres ejemplos de actos legales en los que podía intervenir un ciudadano: efectuar un préstamo, actuar como juez, y ejercer de testigo autentificando un documento con la firma y el cuño personal.

[32] En el momento de recibir la libertad el ya ex-esclavo se tocaba con una gorra característica.

[33] Fue el primer cónsul, símbolo por antonomasia de la libertad romana.

[34] Es decir, dotado de buenas entendederas, muy inteligente.

excepto siquid Masuri rubrica uetabit?'
disce, sed ira cadat naso rugosaque sanna,
dum ueteres auias tibi de pulmone reuello.
non praetoris erat stultis dare tenuia rerum
officia atque usum rapidae permittere uitae;
sambucam citius caloni aptaueris alto.
stat contra ratio et secretam garrit in aurem,
ne liceat facere id quod quis uitiabit agendo.
publica lex hominum naturaque continet hoc fas,
ut teneat uetitos inscitia debilis actus.
diluis elleborum, certo conpescere puncto
nescius examen? uetat hoc natura medendi.
nauem si poscat sibi peronatus arator
luciferi rudis, exclamet Melicerta perisse
frontem de rebus. tibi recto uiuere talo
ars dedit et ueris speciem dinoscere calles,
ne qua subaerato mendosum tinniat auro?
quaeque sequenda forent quaeque euitanda uicissim,
illa prius creta, mox haec carbone notasti?
es modicus uoti, presso lare, dulcis amicis?
iam nunc adstringas, iam nunc granaria laxes,
inque luto fixum possis transcendere nummum

lo que decida mi voluntad, exceptuando lo que prohíba algún título de Masurio[35]?». Apréndelo, pero que de tu nariz caigan la ira y las arrugas de una mueca, mientras te arranco del pulmón las abuelas chochas[36]. Porque no era cosa del pretor señalar a los estúpidos los deberes sutiles de la realidad y poner a su disposición la práctica de una vida vertiginosa. Más fácilmente acostumbrarías a un ganapán fornido a tocar la sambuca. Se alza contra ti la razón y charlando te musita al oído la prohibición de hacer lo que uno estropeará por hacerlo. La ley común de los hombres y la naturaleza incluyen esta norma sagrada: que la ignorancia impotente se retraiga de las acciones que le están vetadas[37]. Tú preparas una solución de eléboro y no sabes fijar en el punto preciso el fiel de la balanza: eso te lo prohíbe la esencia misma del arte de la medicina. Si un labrador que calza grandes botas, pero no reconoce al lucero del alba[38], pretende dirigir una nave, Melicertes[39] exclama que en el mundo ya no hay vergüenza. ¿Es que la filosofía te ha dado el poder vivir de pie sobre tus talones[40], y te has aplicado en distinguir la verdad de la apariencia, para que ésta última no emita el tintineo engañoso del cobre con una capa de oro[41]? ¿Las cosas a que debemos atenernos y aquellas que, por el contrario, debemos evitar, las has marcado, las primeras, con yeso, y luego éstas, las segundas, con carbón?[42] ¿Eres moderado en tus aspiraciones, tienes un hogar austero, eres afable con tus amigos? ¿Te sentirías dispuesto ya a cerrar, ya a mantener abiertos tus graneros[43] y a pasar por encima de una moneda clavada en el fango[44] sin tragarte la

[35] Masurio Sabino, jurisconsulto famoso de la época de Nerón.
[36] Otra vez una imagen violenta y forzada, que se refiere a los prejuicios inveterados.
[37] Persio es muy pesimista: afirma que lo que ha de ser, acaecerá fatalmente, para señalar luego que no debemos ejecutar acciones cuya naturaleza desconozcamos. Lo que sigue son ejemplos concretos que ilustran la norma general.
[38] Es el planeta Venus, que, como es bien conocido, luce en el crepúsculo matutino y en el vespertino. Aquí se le cita como compendio de lo que debe saber el navegante.
[39] Es otro nombre de la divinidad más conocida con el nombre de *Portunus,* patrona de los navegantes.
[40] El latín dice exactamente esto, pero no se ve claro lo que significa, posiblemente vivir con entereza moral.
[41] Es decir, dar gato por liebre.
[42] Esto es una variante de lo que se dice al principio mismo de la *Sátira* II.
[43] A ser pródigo o a ser avariento.
[44] Sin agacharte con fatiga a recogerla. Un juego de los niños romanos consistía en poner una moneda de poco valor en un lodazal y esconderse para observar la reacción de los que iban pasando.

nec gluttu sorbere saliuam Mercurialem?
'haec mea sunt, teneo' cum uere dixeris, esto
liberque ac sapiens praetoribus ac Ioue dextro.
sin tu, cum fueris nostrae paulo ante farinae.
pelliculam ueterem retines et fronte politus
astutam uapido seruas in pectore uolpem,
quae dederam supra relego funemque reduco.
nil tibi concessit ratio; digitum exere, peccas,
et quid tam paruum est? sed nullo ture litabis,
haereat in stultis breuis ut semuncia recti.
haec miscere nefas nec, cum sis cetera fossor,
tris tantum ad numeros Satyrum moueare Bathylli.
'liber ego.' unde datum hoc sumis, tot subdite rebus?
an dominum ignoras nisi quem uindicta relaxat?
'i, puer, et strigiles Crispini ad balnea defer'
si increpuit, 'cessas nugator?', seruitium acre
te nihil inpellit nec quicquam extrinsecus intrat
quod neruos agitet; sed si intus et in iecore aegro
nascuntur domini, qui tu inpunitior exis
atque hic quem ad strigilis scutica et metus egit erilis?
mane piger stertis. 'surge' inquit Auaritia, 'eia
surge.' negas. instat. 'surge' inquit. 'non queo.' 'surge.'
'et quid agam?' 'rogat! en saperdas aduehe Ponto,

saliva de Mercurio[45]? Cuando puedas decir razonablemente: «Tengo estas virtudes, las poseo», entonces sé libre y juicioso con el consentimiento de los pretores y de Júpiter. Pero si tú, que hasta hace **[115]** poco eras de la misma harina que nosotros[46], conservas la piel de siempre, y, pulido sólo en la frente, conservas en tu alma desvaída la astucia de la zorra, retiro lo que te otorgué más arriba[47] y vuelvo a tirar de la cuerda[48].

La razón no te ha concedido nada; sólo alargar el dedo, y ya delinques. ¿Hay algo más insignificante? En todo caso, con tu incienso no alcanzarás de los dioses que en los **[120]** necios haya siempre una pequeña media onza de bien[49]. Esta mezcla es sacrílega, y puesto que, por otro lado, no eres más que un destripaterrones, no bailarás ni tan siquiera tres compases del *Sátiro* de Batilo[50]. «¡Soy libre!» ¿Quién te ha dado esto que te atribuyes, si estás sujeto a tantas cosas? ¿Acaso no conoces otro dueño que no sea el que puede conferir la libertad con la vara? Si él te chilla **[125]**: «¡Vamos, muchacho, llévame los estrígilos a los baños de Crispino[51]! ¿Te entretienes, gandul?», no te empujan los rigores de la esclavitud ni te penetra, de fuera, nada que te sacuda los nervios[52]; pero si en tu interior y en tu hígado enfermizo surgen otros dueños, ¿sales de allí menos merecedor de castigo que aquel que han hecho correr **[130]** hacia los estrígilos la correa y el miedo hacia su amo?[53]

De madrugada roncas perezosamente. «¡Levántate!» dice la Avaricia[54], «Vamos, ¡levántate!». Tú dices que no; ella insiste: «¡Levántate!» exclama. «No puedo». «¡Levántate!». «Pues, ¿qué puedo hacer?». «¿Me lo preguntas? Importar del Ponto sardinas,

---

45 Ya es sabido que Mercurio era el dios del comercio y de las ganancias.
46 En castellano decimos mejor: de la misma pasta.
47 Inmediatamente antes: «Sé libre, y juicioso...».
48 Para recuperar lo que solté. La frase que sigue es una explicitación de esto. Es en sí una sentencia estoica. Cf. CICERÓN, *De Finibus* III 17.
49 Para los estoicos el bien y el mal morales tienen valor absoluto, y no admiten mezcla.
50 Célebre mimo alejandrino, liberto de Mecenas, conocido principalmente por las danzas obscenas que ejecutaba, una de las cuales debía denominarse *Sátiro.*
51 Con seguridad el nombre de unas termas, pero no tenemos noticia de ellas.
52 Imagen extraída del teatro mecánico de muñecos; los estoicos la usaban habitualmente.
53 Las pasiones que nacen en nosotros nos dominan no tan visiblemente como el amo a los esclavos, pero nos sujetan más y nos aprisionan más tiránicamente.
54 En una concreción ascendente muy lograda Persio personifica aquí la pasión de la avaricia y luego la de la molicie.

castoreum, stuppas, hebenum, tus, lubrica Coa.
tolle recens primus piper et sitiente camelo.
uerte aliquid; iura.' 'sed Iuppiter audiet.' 'eheu,
baro, regustatum digito terebrare salinum
contentus perages, si uiuere cum Ioue tendis.'
iam pueris pellem succinctus et oenophorum aptas.
ocius ad nauem! nihil obstat quin trabe uasta
Aegaeum rapias, ni sollers Luxuria ante
seductum moneat: 'quo deinde, insane, ruis, quo?
quid tibi uis? calido sub pectore mascula bilis
intumuit quam non extinxerit urna cicutae?
tu mare transilias? tibi torta cannabe fulto
cena sit in transtro Veiientanumque rubellum
exhalet uapida laesum pice sessilis obba?
quid petis? ut nummi, quos hic quincunce modesto
nutrieras, pergant auidos sudare deunces?
indulge genio, carpamus dulcia, nostrum est
quod uiuis, cinis et manes et fabula fies,
uiue memor leti, fugit hora, hoc quod loquor inde est.'
en quid agis? duplici in diuersum scinderis hamo.
huncine an hunc sequeris? subeas alternus oportet
ancipiti obsequio dominos, alternus oberres.
nec tu, cum obstiteris semel instantique negaris
parere imperio, 'rupi iam uincula' dicas;
nam et luctata canis nodum abripit, et tamen illi,
cum fugit, a collo trahitur pars longa catenae.
'Daue, cito, hoc credas iubeo, finire dolores

castóreo, estopa, ébano, incienso, vinos dulces de Cos. Anticípate a todos en descargar el pimiento así que llegue, incluso antes de abrevar a los camellos, estafa, perjura». «Pero Júpiter puede oírme». «Vamos, gran zopenco, te pasarás la vida satisfecho de agujerear con el dedo tu salero a fuerza de probarlo[55] si pretendes vivir en armonía con Júpiter».

Te remangas hasta la cintura y ya cargas a hombros de tus porteadores el saco de piel y el cesto de botellas: «¡Ea! ¡A la nave!». Nada se opone a que a bordo de un barco enorme devores el mar Egeo, a no ser que la artera Lujuria te aparte algo y te advierta: «A ver, atolondrado, ¿hacia dónde te precipitas, hacia dónde? ¿Qué es lo que quieres? ¿Es que en el fondo de tu pecho inflamado se te hinchó tu bilis varonil[56], tanto, que ya no la apagaría ni una jarra de cicuta? ¿Vas a saltar al mar? ¿Sostenido por un cáñamo torcido, cenarás en un banco de remeros y un botijo de ancha panza te hará subir a la nariz el aroma de un vinillo rojo de Veyes[57] echado a perder por la pez maloliente? ¿A qué apuntas? ¿A que tu dinero, que hasta ahora habías conservado a un modesto cinco por ciento, te rinda, a fuerza de sudarlo, un ávido once? Sé bueno con tu genio[58], recojamos las dulzuras, es bien nuestra la vida de que disfrutas; en ceniza, en manes y en rumores del pueblo: en esto te convertirás; vive pensando en la muerte, el tiempo huye; eso que ahora mismo digo ya pertenece al pasado». Y bien, ¿qué haces? Un doble anzuelo te desgarra en sentidos opuestos. Tú, ¿cuál de los dos sigues? Es ineludible que por doble obediencia tú alternativamente te sometas a un dueño y te alejes del otro. Pero no porque te hayas resistido una vez, porque te hayas opuesto a obedecer sus imperiosas órdenes dirás: «Ya he roto los lazos», porque también la perra rompe el lazo a fuerza de tirones, pero en su huida arrastra en el cuello un buen trozo de cadena.

«Créeme[59], Davo, por favor, pienso poner

[55] Es decir, serás sin remedio pobre de solemnidad.

[56] Alusión a la pérdida de juicio, porque se consideraba que la causa de la locura radicaba en la bilis. Por lo demás, se creía que tomar un poco de cicuta curaba las enfermedades biliares.

[57] El vino de Veyes era muy malo (cf. HORACIO, *Sátiras* 2, 3, 143), pero éste de ahora huele todavía peor por la mala calidad de la pez que se había usado para fijar la tapadera del recipiente.

[58] Date una buena vida.

[59] Ejemplo brusco de la esclavitud del alma, extraído de la comedia de Menandro *El eunuco,* retomado por

praeteritos meditor' (crudum Chaerestratus unguem
adrodens ait haec). 'an siccis dedecus obstem
cognatis? an rem patriam rumore sinistro
limen ad obscenum frangam, dum Chrysidis udas
ebrius ante fores extincta cum face canto?'
'euge, puer, sapias, dis depellentibus agnam
percute.' 'sed censen plorabit, Daue, relicta?'
'nugaris. solea, puer, obiurgabere rubra,
ne trepidare uelis atque artos rodere casses.
nunc ferus et uiolens; at, si uocet, haut mora dicas
"quidnam igitur faciam? nec nunc, cum arcessat et ultro
supplicet, accedam?" si totus et integer illinc
exieras, nec nunc.' hic hic quod quaerimus, hic est,
non in festuca, lictor quam iactat ineptus.
ius habet ille sui, palpo quem ducit hiantem
cretata Ambitio? uigila et cicer ingere large
rixanti populo, nostra ut Floralia possint
aprici meminisse senes. quid pulchrius? at cum
Herodis uenere dies unctaque fenestra
dispositae pinguem nebulam uomuere lucernae
portantes uiolas rubrumque amplexa catinum
cauda natat thynni, tumet alba fidelia uino,

pronto fin a mis viejos dolores» dice Queréstrato, mordiéndose las uñas hasta hacerlas sangrar. «¿Voy a ser el deshonor de mis austeros parientes? ¿Voy a destrozar, mientras las hablillas se refieren a mí, mi patrimonio ante un umbral obsceno, mientras canto borracho, con la antorcha apagada[60], ante la puerta húmeda[61] de Crisis?»[62]. «Muy **[165]** bien, joven, eres sensato, sacrifica una cordera a los dioses que alejan el mal». «¿Pero tú crees, Davo, que ella gemirá al verse abandonada?». «Bromeas; te castigarán, muchacho, a golpes de sandalia roja[63]; no te muevas ni roas **[170]** las redes tupidas, ahora feroz y violento, pero presto a responder: «voy al punto» si te llama». «¿Qué hago ahora? ¿Tampoco acudiré cuando me llame y me suplique con insistencia?». «Si saliste de allí sano y salvo[64], no, ni tan siquiera ahora». Aquí, aquí precisamente está lo que buscamos[65], aquí y no en la vara que blande un lictor inepto.

[175] ¿Es en verdad dueño de su persona el adulador[66] arrastrado boquiabierto por la Ambición[67] almidonada? «Espabílate y arroja pródigamente garbanzos al pueblo que se pelea, para que los ancianos, amigos del sol, puedan acordarse de nuestras fiestas de Flora»[68]. ¿Puede haber algo más hermoso? Pero cuando llegan los días de Herodes[69] y las lamparillas, coronadas de violetas, vomitan **[180]** en las ventanas aceitosas una niebla grasa, y la cola del atún nada abrazando el plato de arcilla roja, y la jarra blanca rebosa de vino, entonces mueves los labios silenciosamente y el sábado de los circuncisos te hace palidecer.

Terencio, y seguido por Horacio, *Sátiras* 2, 3, 258. El amo, Queréstrato, dialoga con Davo, su esclavo.

60 Porque está lloviendo.

61 Por la lluvia, o quizás «por mis lágrimas».

62 Nombre genérico de las cortesanas caras y derrochadoras.

63 Ella te zurrará con sus sandalias.

64 Fórmula de la integridad moral del sabio inaccesible a las influencias externas.

65 Es decir, la verdadera libertad.

66 El esclavo de la pasión política.

67 Sigue la personificación señalada en la nota 54.

68 Eran las fiestas llamadas *Floralia* que se celebraban del 28 de abril al 3 de mayo. Nuestro candidato las celebra como edil, pero aspira a magistraturas más altas, y por eso quiere recomendarse repartiendo víveres en abundancia.

69 Las fiestas de los hebreos, en las que se iluminaban las ventanas y se comía atún, vienen aquí citadas como ejemplos de ritos supersticiosos a los que es proclive el hombre ambicioso.

labra moues tacitus recutitaque sabbata palles.
tum nigri lemures ouoque pericula rupto,
tum grandes galli et cum sistro lusca sacerdos
incussere deos inflantis corpora, si non
praedictum ter mane caput gustaueris ali.
dixeris haec inter uaricosos centuriones,
continuo crassum ridet Pulfenius ingens
et centum Graecos curto centusse licetur.

Luego se presentan los negros fantasmas[70] y los riesgos que anuncia un huevo roto[71], y los galos corpulentos y la sacerdotisa bizca con su sistro[72] hacen entrar violentamente en ti a los dioses que hinchan el cuerpo si no has probado antes tres veces cada mañana la cabeza de ajo prescrita.

Intenta decir esto en un corro de centuriones varicosos[73] e inmediatamente el ingente Palfurio[74] soltará una risotada y ofrecerá por cien filósofos griegos la suma regateada de cien ases.



[70] Las sombras de los muertos *(lemures)* vagaban entre los vivos y debían ser aplacadas con sacrificios.

[71] Un rito adivinatorio consistía en depositar un huevo en un brasero; si al contacto con las brasas el huevo rezumaba la clara por alguna parte, era signo de buen agüero, pero si se rompía su cáscara era uno de los presagios peores.

[72] Los galos son los sacerdotes de Cíbele; la sacerdotisa, que empuña el sistro, es la de Isis. Comer ajo protegía contra los encantamientos de ellos y de ella.

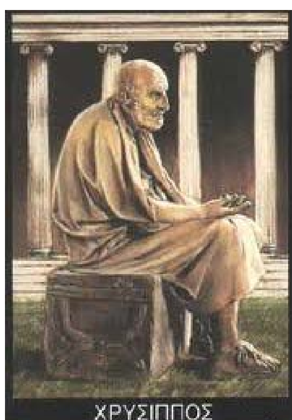
[73] Enfermos de varices por las largas marchas.

[74] Nombre de un centurión grosero e ignorante.

SÁTIRA VI

Por lo que se refiere a su género literario esta sexta y última sátira de Persio presenta una cierta contaminación. Pues de nuevo la forma es más bien epistolar. Persio desde las playas de Liguria escribe a su amigo el poeta Cesio Baso, que en pleno invierno se ha retirado a su finca de La Sabina. Pero aquí Persio trata más de sí mismo que de la situación y de los intereses del amigo. Pues si bien el inicio es el normal de una carta, pedir y dar nuevas personales, explicando él mismo cómo se encuentra en Luna, un delicioso y apacible paraje, y alabando el talento poético del amigo, una hábil transición le conduce a plantear el tema de la avaricia y a exponer cómo él, Persio, no vive la vida de un avaro. Evita el derroche, pero no se guarda el dinero si se trata de ayudar a un amigo que ha sufrido una desgracia, aquí un naufragio. Con más razón debe hacerse un uso inteligente de las rentas propias, guardando el capital y resarciéndose de los gastos, incluso los de mantenimiento; el resto puede expenderse sensatamente. Hasta aquí la primera parte de la sátira.

En la segunda parte Persio sostiene un pintoresco diálogo con su presunto heredero. Un alfilerazo ocasional contra el malfamado emperador Calígula, que se atribuía victorias jamás obtenidas, o al menos jamás obtenidas por él, lleva al poeta a declarar que ofrecerá de su bolsillo el espectáculo de cien pares de gladiadores para festejar el triunfo. El presunto heredero protesta enojado: las rentas de Persio no dan para tanto; él renuncia a la herencia. No se da cuenta de que ésta es como un don de Mercurio, que Persio ahora hará recaer sobre el primer mendigo que se le cruce. No va a vivir angustiadamente, arguye, para que su heredero luego viva espléndidamente. A éste, un avaro —uno de los aciertos de esta sátira es describir con agudeza los rasgos de la avaricia—, lo anima a dedicarse al tráfico más infame, el de esclavos, y, luego de arruinar su virilidad con prostitutas de lujo, a intentar rehacerse seduciendo a una matrona con la vista puesta en el dinero de ella. Pero el avaro nunca sabrá cuándo debe poner fin a su avaricia; el sorites de Crisipo cierra la última de las sátiras de Persio.



Ésta tras un principio prometedor por la firmeza de sus trazos muestra un cierto decaimiento. A la exposición del ideal medio de vida entre la avaricia y la prodigalidad le falta la garra característica de los mejores momentos de la poesía de este poeta. Tampoco el diálogo entablado entre él y su presunto heredero es verdaderamente tal; las partes del propio Persio son más bien una reflexión personal que una respuesta en una disputa perfilada nítidamente.

Por contra es espléndida la descripción de la llegada del mensajero que anuncia la supuesta victoria obtenida sobre los germanos, y la crudeza con que el poeta delata el decaimiento del vigor amoroso de su heredero y cómo intenta resarcirse de lo que antes derrochó.

El final de la sátira con el sorites de Crisipo nos deja en la duda de si Persio en el fondo no estará algo de acuerdo con el avariento de la segunda mitad de la sátira, pues la interpretación de los últimos versos es en sí ambivalente. En cualquier caso, atendiendo al tono más general de la obra de Persio hay que pensar que ésta se cierra con el ideal estoico de una prudente moderación y vía media.

SATVRA VI

Admouit iam bruma foco te, Basse, Sabino?
iamne lyra et tetrico uiuunt tibi pectine chordae?
mire opifex numeris ueterum primordia uocum
atque marem strepitum fidis intendisse Latinae,
mox iuuenes agitare iocos et pollice honesto
egregius lusisse senex. mihi nunc Ligus ora
intepet hibernatque meum mare, qua latus ingens
dant scopuli et multa litus se ualle receptat.
'Lunai portum, est operae, cognoscite, ciues.'
cor iubet hoc Enni, postquam destertuit esse
Maeonides Quintus pauone ex Pythagoreo.
hic ego securus uolgi et quid praeparet auster
infelix pecori, securus et angulus ille
uicini nostro quia pinguior, etsi adeo omnes
ditescant orti peioribus, usque recusem
curuus ob id minui senio aut cenare sine uncto
et signum in uapida naso tetigisse lagoena.
discrepet his alius. geminos, horoscope, uaro
producis genio: solis natalibus est qui

SÁTIRA VI

¿El invierno, oh Baso, te ha acercado ya al hogar que posees en La Sabina?[1] ¿Y las severas cuerdas de la cítara bajo tu plectro cobran vida, oh artista el más maravilloso, que reflejas en los ritmos la antigüedad de las voces primitivas y los viriles acentos de la lira latina[2], egregiamente hábil luego, pese a tu ancianidad, en hacer vibrar la alegría de la juventud y en solazarte con un pulso siempre honesto? En esta época yo disfruto del calorcillo de las costas ligures y del invierno de este mi mar querido[3], donde los escollos levantan una pared formidable, y la playa se arrebuja en una hondonada profunda. *Venid a conocer el puerto de Luna, ciudadanos, pues bien se lo merece*. Os invita a ello el corazón de Ennio, una vez despertó del sueño de creerse el Meónida Quinto, nacido del pavo pitagórico[4]. Aquí yo, desentendiéndome de la multitud y de lo que prepara el siroco funesto para los rebaños[5], desentendiéndome de si el pegujal de tierra del vecino es más fértil que el nuestro, aunque toda la gente de nacimiento inferior al mío se enriqueciera, me negaría en absoluto a agacharme por ello bajo una decrepitud que me socavara, o a cenar sin una carne bien condimentada, o a tocar con la nariz el sello de una botella desabrida[6].

No faltará quien discrepe. Tú haces nacer, horóscopo, dos mellizos con genios opuestos: uno es un tacaño, que sólo en su cumpleaños mojará sus

[1] El famoso poeta latino Cesio Baso, que fue el primer editor de las sátiras de Persio, poseía una residencia de invierno en La Sabina. Los romanos acomodados dejaban la capital y se retiraban al campo no solamente en verano y en otoño, sino también en invierno, durante las Saturnales, para evitar la barahúnda de estas celebraciones del solsticio de invierno.

[2] El poeta contrapone la severa poesía de Enio, de la que algo más abajo nos ofrecerá un verso, y la poesía amorosa, de inspiración más ligera.

[3] Es la actual Riviera italiana, tan famosa en la época de Persio como ahora mismo.

[4] El paso no es fácil, aunque parece aludir al proemio de los *Anales* de Enio, del que existen dos versiones. En ambas Homero se aparece al poeta latino, en la primera para revelarle que su alma había pasado a un pavo (llamado aquí pitagórico porque Pitágoras fue un firme defensor de la metempsícosis) y luego a él mismo, o sea a Enio. En la segunda versión Homero se aparece a Ennio y le comunica que el alma de Pitágoras había pasado sucesivamente a un pavo, a Euforbo, al propio Homero, y, en fin, al mismo Ennio, el «quinto», en cuyo caso el nombre Quinto sería doblemente ajustado a la situación.

[5] El siroco, viento funesto para los rebaños y las plantas, sopla con frecuencia en Roma y en la Campania.

[6] Para no gastar demasiado. El poeta prepara la transición al tema de la avaricia.

tinguat holus siccum muria uafer in calice empta,
ipse sacrum inrorans patinae piper; hic bona dente
grandia magnanimus peragit puer. utar ego, utar,
nec rhombos ideo libertis ponere lautus
nec tenuis sollers turdarum nosse saliuas.
messe tenus propria uiue et granaria (fas est)
emole. quid metuas? occa et seges altera in herba est.
at uocat officium, trabe rupta Bruttia saxa
prendit amicus inops remque omnem surdaque uota
condidit Ionio, iacet ipse in litore et una
ingentes de puppe dei iamque obuia mergis
costa ratis lacerae; nunc et de caespite uiuo
frange aliquid, largire inopi, ne pictus oberret
caerulea in tabula. sed cenam funeris heres
negleget iratus quod rem curtaueris; urnae
ossa inodora dabit, seu spirent cinnama surdum
seu ceraso peccent casiae nescire paratus.
'tune bona incolumis minuas?' et Bestius urguet
doctores Graios: 'ita fit; postquam sapere urbi

legumbres enjutas con **[20]** una salsa que compró en su tarro[7], y él mismo se espolvoreará la sartén con el sacrosanto[8] pimiento. El otro es un jovencito derrochador que devora a dentelladas su inmenso patrimonio. En cuanto a mí, usaré de mis bienes, usaré de ellos, sí, pero no por ello seré tan delicado como para ofrecer rodaballo a mis libertos, ni un experto en distinguir por la saliva el gusto refinado del zorzal. Vive de acuerdo con tu propia cosecha, y manda moler —los dioses te lo permiten— el trigo de tus graneros. ¿Qué es **[25]** lo que temes? Desterrona tus tierras, y en la lozanía de la hierba tendrás la próxima cosecha.

Pero el deber te reclama: un amigo necesitado, pues se le astilló la nave, se aferra a los rompientes calabreses[9]; ha enterrado en el Mar Jonio todos sus bienes y sus votos **[30]** no cumplidos; él mismo yace tendido en la playa y con él los dioses enormes de su popa[10]; el costillar de la nave destrozada se ofrece desde ahora a los somorgujos[11]. Es el momento, cercena algo de tu mota viva[12], sé generoso con su miseria, para que no se vea forzado a vagabundear de acá para allá pintado en una tabla azul[13]. Pero el heredero omitirá la cena fúnebre[14], enfurecido porque le has disminuido la hacienda, confiará tus huesos a la urna sin perfumarlos, dispuesto a ignorar si el cinamomo ha perdido **[35]** su aroma o bien si la canela ha sido mezclada con corteza de cerezo[15]. «Sano y salvo todavía, ¿disminuirías tu fortuna? También Bestio[16] apremia a los maestros griegos: «hete aquí lo que ocurre: desde que la sabiduría ajena

---

[7] El avaro compra, sólo para las grandes ocasiones, un poco de salsa que guarda en un pote o tarro.

[8] Expresión sarcástica, extraída del lenguaje religioso.

[9] Entramos en la descripción, brusca y algo desordenada, de un naufragio ocurrido ante las costas de Calabria, zona en la que eran frecuentes los accidentes marítimos.

[10] Eran las grandes figuras o imágenes pintadas de los dioses que se llevaban a popa para la tutela divina y protección de la nave.

[11] Aves marinas de voracidad proverbial.

[12] La mota viva es el capital puesto a interés, sin contar los réditos que se le suman. Como este capital procediera fundamentalmente de ingresos por producción agrícola, por esto se le llama mota *viva.*

[13] Porque es el color del mar.

[14] Hasta hace cuarenta o cincuenta años en determinadas zonas rurales europeas persistía el uso de ofrecer una comida a los deudos *y* amigos de un difunto el día del entierro o de los funerales.

[15] En los casos de difuntos de cierta posición social se perfumaban los cadáveres con cinamomo y canela, que debían ser puros y sin mezcla, pero aquí el heredero, enojado porque el legatario regaló parte de los bienes que le habrían correspondido en herencia, se despreocupa de la autenticidad de tales productos aromáticos.

[16] Bestio, que sale en Horacio, *Epístolas* I 15, 37, es el nombre genérico de los que se oponían a dar una formación preponderantemente griega a la juventud romana. Aquí se censura en los maestros griegos relajación de costumbres y lujo en las comidas.

cum pipere et palmis uenit nostrum hoc maris expers,
fenisecae crasso uitiarunt unguine pultes.'
haec cinere ulterior metuas? at tu, meus heres
quisquis eris, paulum a turba seductior audi.
o bone, num ignoras? missa est a Caesare laurus
insignem ob cladem Germanae pubis et aris
frigidus excutitur cinis ac iam postibus arma,
iam chlamydas regum, iam lutea gausapa captis
essedaque ingentesque locat Caesonia Rhenos.
dis igitur genioque ducis centum paria ob res
egregie gestas induco. quis uetat? aude.
uae, nisi coniues. oleum artocreasque popello
largior. an prohibes? dic clare. 'non adeo' inquis
'exossatus ager iuxta est.' age, si mihi nulla
iam reliqua ex amitis, patruelis nulla, proneptis
nulla manet patrui, sterilis matertera uixit
deque auia nihilum superest, accedo Bouillas
cliuumque ad Virbi, praesto est mihi Manius heres.
'progenies terrae?' quaere ex me quis mihi quartus
sit pater: haut prompte, dicam tamen; adde etiam unum,

llegó a nuestra ciudad junto con el pimiento y los dátiles, y la nuestra no cruzó nunca el mar[17], nuestros segadores han emponzoñado las gachas con manteca espesa»[18]. **[40]** Estas cosas, ya las temerás cuando te hayan incinerado». Mira tú, heredero mío, quienquiera que fueres, sepárate algo de la turba y atiéndeme: ¿no te has enterado, buen chico? El César[19] acaba de enviar una carta laureada, por la excepcional derrota de la juventud germánica, barren de los altares la ceniza fría y Cesonia[20] ya **[45]** encarga armas para los dinteles de las puertas y clámides reales y pelucas rubias para los prisioneros, y carros y estatuas colosales del Rin[21]. De modo que, en honor de los dioses y del genio del general yo ofrezco cien pares de gladiadores en honor de estas hazañas extraordinarias. ¿Quién va a prohibírmelo? ¡Atrévete! ¡Pobre de ti si no guiñas el ojo en señal de conformidad! Distribuyo pródigamente a la gentuza aceite y empanadas. ¿No me lo permites? Dímelo sin tapujos. «No acepto la herencia» —exclamas— «el campo es un cuerpo sin huesos»[22]. Ea, pues, **[50]** si no me resta ni una tía materna, si no tengo tampoco primas del lado de mis tíos paternos ni ninguna bisnieta de mi tío paterno, si mi tía materna no tuvo hijos, y ya no vive nadie del lado de mi abuela, me largo a Bovila[23]; y al cerro de Virbio, allí daré enseguida con un Manio[24] que me herede. «¿Un hijo de la tierra?»[25]. Pregúntame **[55]** quién es mi tatarabuelo paterno; yo habré de meditarlo, pero te lo diré; añade otro y aun un tercero; ya éste es hijo de la tierra y según las leyes del parentesco este Manio será casi el hermano de mi bisabuela. ¿Por qué has

17 El texto latino aquí es de interpretación dudosa, y también podría entenderse: «falta de virilidad». Pero si se tiene en cuenta que los productos importados llegaban a Roma por mar, la traducción dada es probablemente la más correcta. La interpretación alternativa significaría que la sabiduría genuinamente romana no tiene la consistencia, solidez y coherencia de la griega.

18 Esto lo dice Bestio, que es contrario a la formación griega impartida a la juventud romana, pero no es lo que piensa Persio, naturalmente, de filiación claramente estoica, bien griega, por consiguiente.

19 Ataque feroz contra Calígula, que se jactaba de victorias nunca conseguidas.

20 Es la emperatriz, que hace el juego a su marido y arrienda a los contratistas los ornamentos necesarios para festejar el triunfo en realidad inexistente. Como no había habido triunfo no había botín capturado al enemigo, y para el desfile triunfal que iba de todos modos a celebrarse había que alquilar los supuestos trofeos, armas y demás elementos.

21 Como que el hipotético triunfo había sido sobre tribus germánicas, en el desfile debían figurar el río Rin, representado por una gran estatua; tal río era el *limes* o límite septentrional del Imperio. Las pelucas rubias aluden a lo mismo, y las ponían a esclavos a los que se hacía marchar cual si fuesen los prisioneros capturados.

22 También este lugar es de interpretación difícil. Generalmente se entiende como «estéril», «que no rinde nada».

23 Bovila se encontraba en la Via Apia, a once millas de Roma, y algo más allá se alzaba el cerro de Virbio, héroe que se correspondía con el griego Hipólito.

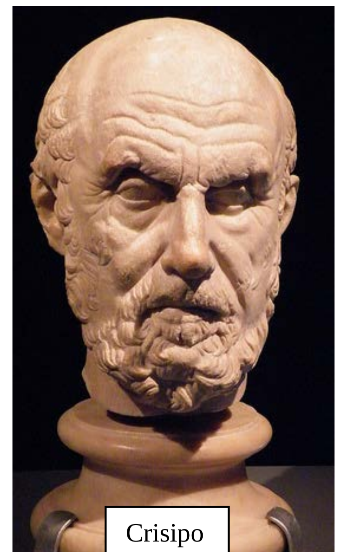
24 Manio indica aquí el nombre de uno de los muchos mendigos que pululaban por aquellos parajes.

25 Es decir, un desconocido, como se ve claramente algo más abajo.

unum etiam: terrae est iam filius et mihi ritu
Manius hic generis prope maior auunculus exit.
qui prior es, cur me in decursu lampada poscis?
sum tibi Mercurius; uenio deus huc ego ut ille
pingitur. an renuis? uis tu gaudere relictis?
'dest aliquid summae.' minui mihi, sed tibi totum est
quidquid id est. ubi sit, fuge quaerere, quod mihi quondam
legarat Tadius, neu dicta, 'pone paterna,
fenoris accedat merces, hinc exime sumptus,
quid relicum est?' relicum? nunc nunc inpensius ungue,
ungue, puer, caules. mihi festa luce coquatur
urtica et fissa fumosum sinciput aure,
ut tuus iste nepos olim satur anseris extis,
cum morosa uago singultiet inguine uena,
patriciae inmeiat uoluae? mihi trama figurae
sit reliqua, ast illi tremat omento popa uenter?
uende animam lucro, mercare atque excute sollers
omne latus mundi, ne sit praestantior alter
Cappadocas rigida pinguis plausisse catasta,
rem duplica. 'feci; iam triplex, iam mihi quarto,
iam decies redit in rugam. depunge ubi sistam,
inuentus, Chrysippe, tui finitor acerui.'

de anticiparte a él en reclamar la antorcha para la carrera?[26] **[60]** Yo soy tu Mercurio[27], un dios que acude aquí en persona, exactamente tal como nos lo pintan. ¿Conque rehúsas? ¿Quieres gozar del resto? «Al total le falta algo». Yo mismo lo disminuí, pero para ti, quede lo que quede, es un todo. No vayas a preguntarme dónde está lo que un día me legó Tadio[28], y no me dictes: «Pon ahí el patrimonio; suma el producto de los intereses y resta los **[65]** gastos: ¿qué diferencia arroja?» ¿Qué diferencia[29]? Ahora, ahora mismo aliña, muchacho, mis coles con más aceite. ¿Vas a hervirme, en un día de fiesta, ortigas y media cabeza de cerdo llena de humo y con la oreja horadada[30] **[70]** para que más tarde ese nieto tuyo, ahíto de hígado de oca, se corra en una vulva patricia cuando el imperioso deseo palpita en el pene promiscuo? ¿Voy a quedarme en puros huesos mientras a él su panza de victimario[31] se le remueve de gorda?

[75] Tú vende tu alma al lucro, negocia y escudriña afanosamente todas las partes del mundo para que no haya quien te supere en el arte de golpear con la palma de la mano a los gordos capadocios[32] encima de una rígida estrada; multiplica por dos tu fortuna. «Ya lo hice: la riqueza se ha triplicado, se ha multiplicado por cuatro, por diez en mi bolsillo; indícame el punto en que debo hacer alto». **[80]** Pues he encontrado uno, Crisipo, que pone fin a tu sorites[33].


Crisipo

[26] Es decir: ¿qué derechos de precedencia crees tener sobre un mendigo cualquiera para exigirme la herencia ya antes de morirme? Aquí hay una alegoría más bien súbita, derivada de las carreras de relevos con antorchas, en que los distintos corredores se pasaban una antorcha encendida; aquí la antorcha simboliza la sucesión.
[27] Ya se ha visto repetidamente que Mercurio es el dios del comercio y de la ganancia; con frecuencia se le representaba con una bolsa de dinero.
[28] Un antepasado, sin duda imaginario, del poeta.
[29] El poeta pregunta, furibundo, y se contesta él mismo con el propósito de no reparar en gastos.
[30] O sea, una comida miserable.
[31] El que efectuaba los sacrificios de las víctimas era gordo porque comía de la carne de los animales sacrificados.
[32] Es decir, conviértete en un rico traficante de esclavos. Estos para su venta se exponían desnudos, para que los presuntos compradores pudieran examinarlos a completa satisfacción. Para ello se ponía a aquellos desgraciados encima de un tablado o estrada, y los posibles clientes les palpaban las carnes y los huesos. Los esclavos procedentes de Capadocia gozaban de gran aprecio.
[33] Crisipo fue un filósofo estoico discípulo de Cleantes, que se hizo famoso por su sofisma llamado sorites (=

COLIAMBOS

A diferencia de las sátiras, redactadas en hexámetros dactílicos, esta composición viene escrita en trímetros escazontes o hiponacteos. En bastantes ediciones figura como prólogo del libro, pero por el contenido parece más bien un epílogo que sustenta una tesis radicalmente opuesta a la del conocido refrán de que el poeta nace y no se hace.

Declara Persio que no ha bebido en la fuente de Hipocrene ni ha dormido en el Parnaso, lo cual significa que no ha nacido poeta, pero a pesar de ello participa activamente en las reuniones de poetas, luego se ha hecho tal. Mas el móvil que le ha impulsado ha sido noble: a algunos poetas mediocres les empuja el hambre; otros ricos compran el aplauso a precio de oro. La obra de Persio acaba donde empezó, en una crítica a los pésimos gustos literarios. Razón de más para pensar que estamos ante un epílogo y no ante un prólogo.

Nec fonte labra prolui caballino
nec in bicipiti somniasse Parnaso
memini, ut repente sic poeta prodirem.
Heliconidasque pallidamque Pirenen
illis remitto quorum imagines lambunt
hederae sequaces; ipse semipaganus
ad sacra uatum carmen adfero nostrum.
quis expediuit psittaco suum 'chaere'
picamque docuit nostra uerba conari?
magister artis ingenique largitor
uenter, negatas artifex sequi uoces.
quod si dolosi spes refulserit nummi,
coruos poetas et poetridas picas
cantare credas Pegaseium nectar.

Yo no he abrevado mis labios en la Fuente del Caballo[1] y no recuerdo haber soñado nunca en lo alto del Parnaso de dos cumbres[2], de modo que me hiciera precozmente poeta; las diosas del Helicón y la pálida Cirene[3], las remito a aquellos cuyos bustos lame[4] la yedra trepadora. Personalmente soy un medio labriego[5] que aporta mis versos a los sagrados festivales de los poetas.
¿Quién ha hecho soltar al papagayo «Buenos días»? ¿Quién adiestró a las garzas a remedar penosamente nuestras palabras? Un maestro de arte y un derrochador de talento, el vientre,[6] artista hábil en reproducir las voces que no da la naturaleza. Pues si brillara la esperanza de la moneda dolosa creerías que los poetas-cuervo y las poetisas-garza cantan el néctar[7] de Pegaso.

---

montón). Según él, si a un montón de trigo se le quita un grano, el montón seguirá siendo exactamente igual (en la práctica, aunque no en la teoría), y lo mismo ocurrirá si se le quita otro grano, y luego otro, etc. Nunca se podrá determinar con seguridad cuándo el montón dejará de ser tal para ser un montón distinto. Lo mismo, apunta Persio, le sucede al avaro, que siempre será incapaz de determinar el punto fijo en que debe dejar de atesorar.

1 La fuente de Hipocrene, al pie del monte Helicón, que brotó de una coz del caballo Pegaso.

2 Las cumbres de Nisa y de Cirra. Soñar en el Parnaso, como había explicado de sí el poeta Ennio, significaba obtener el don de la inspiración poética.

3 Las diosas del Helicón son las Musas, y la fuente de Cirene está al pie del Acrocorinto, en la ciudad del Istmo de Corinto. También era un paraje predilecto de las Musas. La palidez alude al sufrimiento que exige el oficio poético.

4 Los poetas oficiales, que gozaban de prestigio y posición por causas ajenas a la verdadera poesía, y a veces algo inconfesables.

5 No es seguro el sentido del término latino correspondiente: o bien Persio declara de verdad su ascendencia campesina, o el poeta dice modestamente que no es un poeta consumado.

6 La pobreza y el hambre empujan a los poetas mediocres a dar recitales.

7 El néctar de las Musas, es decir, poesía inspirada y sublime. Aquí hay un ataque contra los que venden sus aplausos complacientes a patronos ricos y ambiciosos de gloria poética.

ÍNDICE DE NOMBRES